

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ESCUELA DE LA MURMURACION.

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.

Galves



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Apolardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Araños del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de berencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que verria.
Canizares y Guevara.
Cosas snyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empenhe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Cospirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cou el diablo a cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrios contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De andaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rasear....
El hombre negro.
El ún de la noveta.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una mialva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un abge!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El alan de tener novio.
El juicio publico.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de precipio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falla.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Monteeristo.
Elena, o hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspedea.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alareon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos españ.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrolobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder
Las cuatro estaciones.
La Proviencia
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alego
ca calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda centenia.
La peor euña.
La choza del almadrero.
Los patriotas.
La peor euña.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbarano.
Marta y Maria.

LA ESCUELA DE LA MURMURACION,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

ORIGINAL DE

SHERIDAN,

REFUNDIDA Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA


POR D. RAFAEL GALVES AMANDI.

Representada por primera vez en el teatro del Principe en Febrero de 1861.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1861.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

CUATRO PALABRAS DEL REFUNDIDOR AL PÚBLICO.

Todos los hombres amantes de la literatura dramática conocen y acatan el nombre de Sheridan. Osadia, y grande, ha sido por parte del que suscribe fijar su vista y poner su mano en una obra que es en su concepto la mejor de tan esclarecido ingenio. Hombres tiene por otra parte nuestra moderna literatura dramática, que no nombro por no lastimar su oído con elogios que no necesitan, dignos, dignísimos de haber emprendido tan árdua tarea. Estas personas á quienes me refiero no la han acometido, y yo sin duda alguna debiera haberlos imitado; pero el mal está ya hecho, y en este supuesto es mi deber confesar mi culpa y exponer algunas circunstancias que creo han de atenuar mi atrevimiento.

Ya he dicho que acato á Sheridan, sobre todo por su obra en cuestion: queria que mis compatriotas la conociesen; y como nadie se adelantaba á hacerlo, yo, aun teniendo presente mi insuficiencia, he saltado por este y otros obstáculos en un momento de alucinacion y de entusiasmo por el poeta inglés. Traducir su obra no hubiera sido fácil: el carácter de la nacion inglesa por un lado, y el de la española por otro, hacian casi imposible este tra-

:

bajo; interpretarla concernia á un Hartzembusch, ú otra persona por el estilo: no pudiendo llevar á cabo ni el uno ni el otro pensamiento, he hecho de buena fé y con el mejor deseo lo poco que sabia. Los defectos del arreglo son del refundidor ó imitador; las bellezas, si alguna ha conservado, del autor: disimulen la nacion inglesa un desacato y el público español una ligereza, y con esto solo se dará por satisfecho

Rafael Galves Amandi.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada **EL TEATRO**, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.

ACTORES.

PURA.....	DOÑA CONCHA MARIN.
MARIA.....	DOÑA PILAR BOLDUM.
DOÑA VIRTUDES.....	DOÑA BALBINA VALVERDE.
DOÑA CÁNDIDA.....	DOÑA ADELAIDA ZAPATERO.
UNA CRIADA.....	DOÑA TRINIDAD SABATER.
CARLOS.....	D. PEDRO DELGADO.
D. ANDRÉS.....	D. JOSÉ CALVO.
D. VENANCIO.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
MODESTO.....	D. JUAN CASAÑER.
D. BENIGNO.....	D. JOSÉ ALISEDO.
SERAFIN.....	D. MANUEL PASTRANA.
CARRASCOSA.....	D. PEDRO MONTANO.
JUAN DE MATA.....	D. MANUEL MENDEZ.

Dos criados.

La escena pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Virtudes: puertas laterales y en el fondo: muebles elegantes. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIRTUDES y JUAN DE MATA.

- VIRT. Terminemos cuanto antes, amigo Juan de Mata. ¿Ha estado usted en la redaccion del *Escorpion*? ¿Ha entregado usted á su viperino director mis apuntes relativos á la crónica escandalosa de la córte?
- JUAN. Desde luego, señora: y me ha asegurado que es usted la columna, la piedra angular, la base mas sólida de su empresa; y que á usted sola debe el crédito de su periódico y la lista fabulosa de sus suscritores.
- VIRT. ¡Adulador!
- JUAN. No tal: reconoce su talento superior de usted, y asegura que protegido por el acerado aguijon de su pluma se compromete á no dejar en Madrid reputacion sin ampolla, y á divertir á la mitad del reino á expensas de la restante.—«Me consta, añadió frotándose las manos de gozo, que sus sueltecillos han hecho abortar mas de seis bodas en proyecto, han dado origen á mas de docena y media de separaciones matrimoniales, y preparado en fin algunas escenas de raptó, que han hecho por lo pronto la felicidad de los galanes, y que harán indudablemente desesperar á sus padres y tutores.» Señora, á fé

de hombre entendido, puede usted estar orgullosa de sus triunfos.

VIRT. Y lo estoy, querido Juan de Mata: no soy tan hipócrita que vaya á negarlo. Los dardos de la calumnia emponzoñaron mi juventud, ha pasado la primavera de mi vida, y trato de volver mal por mal, de vengarme, de nivelar con la mía la reputacion de las demas.

JUAN. Todo eso es muy natural, señora; pero confieso que no adivino qué interés pueda moverla á indisponer á Cárlos con la pupila de don Venancio Moraleja. Su hermano Modesto es un excelente muchacho, amable, bien reputado, que ama á usted por añadidura; y como de él se tratase, comprendería... Pero Cárlos... Cárlos es un libertino, disipado, un hombre sin prestigio y sin educacion; y no veo... seré muy torpe, la explicacion del logogrifo.

VIRT. Es muy sencilla sin embargo: Cárlos Sotomayor ama á Maria, y Maria le corresponde; su hermano Modesto nada tiene que ver conmigo, si bien apetece, no la mano, sino el dote de Maria, pupila de don Venancio: yo, aunque me ruborice al decirlo, no veo con indiferencia al mala cabeza de Cárlos: su hermano, que, á pesar de su buena reputacion, es un canalluela hipócrita, me ha pedido que le ayude, y yo... yo, finalmente, por las razones que á usted he dicho, he tomado parte por él. ¿Vá usted comprendiendo, señor don Juan de Mata?

JUAN. Perfectamente: usted es una viuda rica, jóven, y... bien. Cárlos es un buen sujeto, aunque disipado; y su hermano Modesto...

ESCENA II.

LOS ANTERIORES, un CRIADO, y á poco MODESTO.

CRIADO. (Anunciando.) El señor don Modesto Sotomayor.

VIRT. Que pase.

MOD. Á los pies de usted, (Saludando.) Virtudes... Caballero...

VIRT. El amigo don Juan de Mata me daba broma con el cariño de usted: usted sabe quién es este caballero (y lo útil que puede sernos): no he tenido, pues, inconveniente en ponerle en autos; y creo que usted tambien

- aprobará mi conducta.
- MOD. ¡Qué duda tiene! Este caballero es muy probo; y yo...
(Juan de Mata se inclina.)
- VIRT. Basta de cumplimientos. ¿Há visto usted á Maria? ¿Qué se sabe de Cárlos?
- MOD. Nada, señora; á ninguno de los dos he visto: pero alguno de sus tiros de usted debe de haber dado en el blanco, puesto que me consta que el rompimiento entre ambos ha sido completo.
- VIRT. Dé usted las gracias á ese caballero.
- MOD. Señor don Juan de Mata... (Alargándole la mano.)
- JUAN. No hablemos de eso.
- VIRT. Justo: pero... ¿y Cárlos?
- MOD. Sigue en su vida de disipacion: sus vicios le conducirán Dios sabe dónde... Yo le he aconsejado, aunque inútilmente, y ¡cómo ha de ser! Dirá usted que no es digno de mi compasion; pero no puedo menos de tenérsela.
- VIRT. No diria mas un padre capellan, señor de Sotomayor; pero debe usted recordar que en este momento se halla en el campo de sus aliados.
- MOD. Es verdad, señora; pero sin ensayos no habria comedias, y... ¡qué diantre!... siempre será una accion meritoria libertar á Maria de las garras de un libertino que no dejará de serlo hasta que se halle bajo la *proteccion y cuidados* de doña Virtudes.
- VIRT. Dejemos eso para mejor ocasion, señor don Modesto, y no gastemos la pólvora en salvas.
- JUAN. Si, si, dejémoslo. (Mira el reloj.) Los tertulios no pueden tardar en venir, y yo tengo que preparar aquella cartita para don Venancio, relativa á...
- VIRT. (Sonriendo, á D. Modesto.) En provecho de usted. Vaya usted, vaya, (Á Mata.) y redáctela con todo esmero.
- JUAN. Me portaré como quien soy. (Saluda y váse.)

ESCENA III.

LOS ANTERIORES, menos JUAN DE MATA.

- MOD. No me fio de ese tunante.
- VIRT. ¿Por qué razon?
- MOD. Porque le he sorprendido algunas veces hablando con Carrascosa, el ayuda de cámara de mi difunto padre,

que no me quiere bien; y temo que entre los dos me han de desopinar con don Venancio, á quien tengo engañado como un chino.

- VIRT. ¡Bah! no diga usted desatinos: Juan de Mata...
MOD. Lo mismo mata al amigo que al enemigo: es igual para un barrido que para un fregado.
VIRT. Silencio: me parece que oigo la voz de su adorada de usted.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, PURA y MARIA.

- PURA. ¿Todavía no hay nadie?
VIRT. Aun no, querida Pura; pero no tardarán en venir.
PURA. ¿Pasamos en tu casa unos ratos tan deliciosos! ¡Concurren á ella unas personas tan... *instruidas* y tan *amables*!...
VIRT. Favor tuyo, querida mia.—Buenas noches, Maria. Cada dia te encuentro mas hechicera; (Mirando á Modesto.) y ¡no soy yo sola! Pregúntaselo á ese caballero. (Modesto se aproxima á Maria, de quien ya no se separa, dirigiéndola á cada paso la palabra.)
MOD. Aun cuando eso es cierto, Virtudes, tengo la desgracia de que esta señorita no se digne fijar en mí sus ojos. ¡Si yo me llamase Cárlos!...
MAR. Caballero...
MOD. No, no es una queja, Maria: usted es muy dueña de conceder á quien guste su cariño; y acaso mi hermano sea mas digno de su ternura; pero sin embargo...
PURA. Permítame usted que le interrumpa: ni ya Maria tiene que ver con Cárlos, ni...
MOD. Ni usted tampoco tiene la culpa de que me mire con repugnancia: comprendo perfectamente.
PURA. No, no era eso lo que yo queria decir.
MOD. No creo tampoco que se haya usted declarado en contra mia; pero sea de ello lo que quiera, el hecho es que rara vez sorprendo en sus labios una sonrisa, y aun he llegado á imaginar que soy yo la causa de que Maria no se divierta ninguna noche. ¡Oh! si yo lo supiese de positivo, no incomodaria á ustedes mas en esta casa con mi-presencia.

VIRT. ¡Es usted lo mas susceptible, señor don Modesto!... Maria no le quiere á usted mal, ni mucho menos... ¿No es verdad, hija mia?

MAR. Yo...

VIRT. Y si algunas veces parece que está violenta en nuestra reunion, es porque don Benigno y don Serafin son un tantito maldicientes.

MAR. Un mucho, señora, si usted no lo lleva á mal: diga usted, y afirmelo sin temor de equivocarse, que son dos sujetos de una índole perversa.

PURA. No tanto, Maria, no tanto.

VIRT. Serafin sobre todo, tiene talento, es poeta...

MOD. Pero tiene razon Maria: su malignidad es insoportable.

MAR. ¡Talento! ¡talento! (Con modestia.) Confieso, señores, que jamás he encontrado gracia en una frase, por ingeniosa que sea, que á manera de puñal hiera y destroce, acaso para siempre, la reputacion de una persona.

PURA. Y á pesar de ser eso cierto, es preciso tambien convenir en que si se desterrasen de la conversacion ciertos rasgos picarescos, que son su sal y pimienta y la sazonan, se haria esta insípida é insoportable.

ESCENA V.

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. (Anunciando.) Los señores don Benigno Gabarro y don Serafin Machuca. La señorita doña Cándida Pedrero.

PURA. Bien venidos sean.

VIRT. De esta, al menos, no tendrás queja, Maria: tiene el carácter mas angelical...

MAR. ¡Ay, señora! Si doña Cándida es un ángel...

MOD. (Interrumpiéndola.) Yo me guardaré muy bien de entrar en el paraiso.

ESCENA VI.

DICHOS, CÁNDIDA, D. SERAFIN y D. BENIGNO.

VIRT. Adelante, señores, adelante: cada vez se van ustedes haciendo mas perezosos.

SER. Mi tio ha estado recogiendo datos...

- BEN. Mi sobrino escribiendo un epígrama.
- CAND. Y yo en casa de doña Maria de las Nieves Cerezo, que está sumamente triste, y á quien han indispuerto con su marido, diciendo que se abrasaba por un polluelo, primo suyo por añadidura. ¡Calumnias, señores, calumnias y nada mas!
- VIRT. Cuando el rio suena... Vaya siéntense ustedes y sepamos las noticias del dia.
- CAND. Con mucho gusto. ¡Oh, Maria, cuánto me alegro de ver á usted por aqui! Ya he sabido que ha roto usted completamente con Cárlos! ¡Es un mala cabeza, un maniroto! ¡Cómo ha de ser! Lo malo es que no se habla de otra cosa en Madrid.
- MAR. Mas valiera, á mi modo de ver, que en Madrid se ocupasen de asuntos de mas utilidad.
- BEN. Dice bien esta señorita; pero ¡quién vá á atar la lengua de los murmuradores!
- SER. Nadie, nadie, tío: acaba usted de oír á Luis referirnos la aventura de su tia doña Dolores.
- PURA. ¿Si?... ¿Pues qué ha habido?
- SER. Nada, casi nada.
- VIRT. ¡Oh! cuéntelo usted, cuéntelo usted.
- SER. Sea: doña Dolores Silvestre...
- CAND. Si; una señora alta, fea, vieja, algo hombruna...
- BEN. Justamente, esa misma: hay quien dice que se afeita.
- SER. Pues bien, esa señora, ó mas bien ese cabo de gastadores, se ha enamorado de su *groom*.
- VIRT. ¡Es posible!
- SER. De un mocito pequeño, gordinfloncillo, bruto...
- BEN. Y de Pravia.
- PURA. Me vá. interesando la narracion.
- SER. Pero no ha sido eso solo: le ha quitado la librea, le ha llevado en triunfo á la vicaria y hoy mismo debe compartir con él su tálamo.
- PURA. ¡Soberbio desenlace!
- VIRT. ¡Magnífica pareja!
- CAND. No es de extrañar, con todo. Doña Dolores se habrá hecho cargo de que no se hallaba ya ni por su edad, ni por sus circunstancias, en el caso de pedir gollerias; y yo encuentro su conducta muy disculpable.
- MOD. Es que usted se pasa de bondadosa.
- CAND. No tal, no tal: nada de eso; pero me parece injusto que

se condene á nadie sin oírle. Ya habrán oído usted e hablar de un viaje que hizo á la Alcarria una de nuestras amigas: ya saben ustedes los rumores que corrieron acerca de él: pues bien, á pesar de todo, á mí me consta por mi criada, que se hallaba entonces en Pastрана, que fué á curarse de una hidropesia, y es mas, que lo logró y volvió á Madrid perfectamente buena.

VIRT. Pues yo lo creo: las apariencias son siempre engañosas; y juzgo que, sin fundamento, de nadie se debe sospechar.—Hablemos de otra cosa. ¿Sabes, Pura, si vendrá esta noche tu esposo?

PURA. Así lo espero: nos dejó á la puerta para ir á ver á don Teodoro el oidor, y ha quedado en que volveria á buscarnos.

BEN. ¡Ah! si; ¡don Teodoro el oidor! un caballero anciano, que tiene una catarata en el ojo derecho y es tuerto del izquierdo, alto, seco, de genio avieso, y que padece de la gota... Le conozco perfectamente, y es muy buen sujeto, si se prescinde de los lunarcillos mencionados.

CAND. Es usted insufrible, señor don Benigno. Su lengua de usted es un hacha.

BEN. Pues yo ¿qué he dicho? Me he limitado á su persona, y ni siquiera me he ocupado de la de sus hijas.

VIRT. ¿Conoce usted á sus hijas, don Serafin?

SER. ¡Oh! ¡mucho! La mayor es una muchacha excelente.

PURA. ¿Muchacha? Yo creo que no cumplirá ya los cincuenta.

SER. Usted perdone, Purita; son cincuenta y tres; pero no los representa; es decir, del cuello abajo, porque, por lo que hace al busto, no parece sino que han adaptado la cabeza de Sócrates al torso de Venus.

CAND. Le perdono á usted porque es poeta, y poeta epigramático; pero no podrá usted decir lo mismo de su hermana.

SER. De ninguna manera, Candidita: su hermana conserva una tez muy fresca.

VIRT. ¿Por las mañanas?

PURA. Por las mañanas precisamente no; pero cuando sale del tocador tiene unos colores...

VIRT. Eso consiste en que se *ayuda*.

CAND. Pues yo puedo asegurar á ustedes que son naturales, puesto que se van y se vienen.

SER. Justamente, señora: se van con la luz, y vuelven con

- el alba.
- MAR. (Vámonos, señora; (Á Pura.) esto no se puede sufrir.)
PURA. (¿Y qué se diría?
VIRT. ¿Qué ocurre, Purita? ¿Se ha puesto mala Maria?
PURA. No, no ha sido nada; un vahido: está estos días algo indispueta.
- SER. Se concibe: ¡ese Cárlos!... ¡ese Cárlos!... amigo mio es, pero siento, Maria, que una señorita con las prendas que á usted adornan...
- MAR. No prosiga usted, caballero; se lo suplico: no creo que he dado derecho á usted ni á nadie para tomar en boca un nombre que nunca ha salido de mis labios.
- SER. Pido á usted mil perdones, señorita, y siento...
BEN. Eres un inconsiderado, sobrino; y tanto por Maria como por Cárlos debias haberte dado un nudo en la lengua. Ademas está aqui Modesto, y si bien aqui esta conversacion no tiene consecuencias, pudieras haber hablado en el café y perjudicado á Cárlos, cuyo tio debe llegar de América de un momento á otro. ¿No digo bien, Modesto?
- MOD. Seguramente, y sentiria que esa sospecha de usted se verificase, porque si mi hermano es calavera, al fin y al cabo es mi hermano, y todo está dicho.
- CAND. Ya lo oye usted, doña Virtudes, y debe vanagloriarse de tener por *amigo* á un sujeto tan cabal como don Modesto.
- VIRT. ¿Qué quiere usted decir con eso, Cándida?
CAND. ¿Yo? nada.
BEN. Pues yo necesito explicaciones...
SER. Y yo.
MOD. Señores... (Impaciente.)
PURA. ¿Sabes, Virtudes, que no me pesaria que don Serafin tuviese que dejar sus epigramas por un canto epitalámico?
- VIRT. ¿Con que á mí tampoco se me respeta? Pues bien, voy á hablar, y...
MOD. (Á Pura.) (Señora, ¡por la Virgen de los Dolores!...)

ESCENA VII.

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. El señor don Venancio Moraleja.

MOD. (¡Me he salvado!)

MAR. (¡Ojalá hubiera venido antes!)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. VENANCIO.

VEN. (Recorriendo la sala con la vista.) Señores y señoras, felicísimas. (¡Misericordia! ¡á quién estarán desollando!)

CAND. Mucho me alegro, don Venancio, de que usted venga. ¡Ay, Dios mio! aquí á nadie se dá cuartel.

VEN. ¿De veras? Pues siempre sucede lo mismo. ¿Y quién estaba en turno en este momento?

CAND. (Mirando á Doña Virtudes.) Si no recuerdo mal...

VIRT. ¿Y quién tiene memoria para tanto? Se ha hablado de su amigo de usted, de sus hijas, no sé si de su amiga doña Melchora...

PURA. No, no se há hablado de ella hasta ahora, pero es igual, y desde este momento queda abierta la discusion...

VEN. (¡Pura! ¡Pura!)

CAND. Tomo desde luego su defensa.

BEN. Y yo.

SER. Y yo.

VIRT. Y yo con mas interés que nadie: ¿qué otro defecto pues de ponerse á esa señora que no sea su corpulencia?

CAND. Ninguno: y aun ese no lo es, porque ni está en su mano adelgazar, ni deja de tomar sus medidas para lograrlo.

PURA. Esa es la pura verdad: todas las tardes anda tres leguas, bebe vinagre, apenas toma otro alimento que suero, y se baña tres veces al dia. Si á pesar de estos cuidado, que se toma pesa aun cerca de dos quintales, la culpa no es suya.

VEN. Pero, Pura...

PURA. Pero, Venancio...

VIRT. Se declara el punto suficientemente discutido; y ahora-

para castigar á don Venancio por haber venido á una hora tan intempestiva, saquémosle todos los trapillos é la colada.

- TODOS. ¡Aprobado! ¡aprobado! (Riendo.)
VEN. Sea enhorabuena, señores: aqui me tienen ustedes: será su víctima. No es decir esto que ya no lo haya sido otras veces; pero esta al menos tendré la ventaja de oír en vida mi sermón de honras, y acaso me sea provechoso para arreglar mi conducta en lo sucesivo.
VIRT. El caso es que con esa calma holandesa nos desconcierta usted á todos, y no podríamos decir nada de provecho.
PURA. (Con malignidad.) Ni estaria tampoco bien que en presencia de su esposa... porque al fin, Venancio y yo...
MAR. Señora... (En tono de súplica.)
VIRT. ¡Es mucha Pura! tiene la gracia por alimento.
PURA. Piedad, Virtudes, no me alabes. Señores, Maria no se siente bien, y... saluda, Venancio. (Este hace una cortesía y salen los tres.)

ESCENA IX.

DOÑA VIRTUDES, CÁNDIDA, MODESTO, D. BENIGNO y SERAFIN.

- CAND. ¡El bueno de don Venancio!
VIRT. ¡La picarilla de Pura!
SER. ¡La pobre Maria!
MOD. ¡Pobre! ¿y por qué? Si mi hermano no ha conocido su valor, no faltará otro...
CAND. ¿Por qué no le hace usted la córte, don Serafin?
SER. Ha sido prenda de un amigo mio; y luego...
CAND. Hace usted muy bien, porque tampoco creo que la merece usted las mayores simpatias.
SER. Si siquiera se las mereciese á usted...
CAND. (Desentendiéndose.) ¿Tienes la bondad, Virtudes, de mirar qué hora tenemos?
VIRT. Con mucho gusto; pero creo que te hablaba don Serafin.
CAND. ¿De qué? acaso estaria distraida.
BEN. Las doce: ya hablaremos de ello por el camino.
SER. Si, si; serviremos á Candidita de escuderos.
CAND. Como ustedes gusten.

- VIRT. (Despidiéndolos hasta la puerta.) Para otra noche el epígrama. (A Serafín.) Ha estado usted muy severo con su sobrino. (A D. Benigno.) Cuánto me alegraría (Aparte á Cándida.) de que te quisiese el poeta. (Doña Virtudes y Modesto hablan aparte.)
- CAND. (Con intencion y volviéndose.) Buenas noches. No se ¿viene usted, Modesto?
- MOD. ¡Oh! si señora, con mucho gusto. (Poco he adelantado con María.) (Aparte á Doña Virtudes.)
- VIRT. (Déjelo usted á mi cargo.)
- CAND. ¡Picarillos! (Volviendo con los demas desde la puerta.)
- TODOS. Buenas noches.
- VIRT. Buenas noches.
(Retíranse todos menos Doña Virtudes.)

ESCENA X.

DOÑA VIRTUDES.

(Sola mirándose al espejo.) Mi tez no está ya fresca, ni mucho menos; y algunas canas traidoras... Con todo, si yo lograse hacerme querer de Carlos... ¡quién sabe! ¡hasta dejaría de murmurar!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Venancio. Puertas laterales y en el foro.

ESCENA PRIMERA.

D. VENANCIO y PURA.

VEN. Te digo, Pura, que hasta ese punto pueden llegar las chanzas; que la paciencia tiene un término, y que hay cosas que nunca podré tolerar.

PURA. Harás muy bien en gruñir ó dejar de hacerlo, Venancio; pero debes tener entendido que, aunque nacida y educada en Illescas, sé de clavo pasado que las personas de buena sociedad de la córte, una vez casadas, no tienen que dar cuenta á nadie de sus acciones.

VEN. Señora, ¿qué es lo que está usted diciendo?

PURA. La verdad, Venancio, y nada mas que la verdad: tú no tienes autoridad sobre mí de ninguna especie.

VEN. ¿Cómo se entiende!

PURA. Ninguna, absolutamente ninguna; y si al casarte era esa tu intencion, debieras haberme adoptado en vez de haberme dado tu mano.—Asi como asi, tu edad...

VEN. ¿Eso es llamarme usted viejo con todo desenfado!

PURA. Viejo no, adoradísimo Venancio: eres un jamoncito curado; pero nada mas.

VEN. Veo, señora, que se ha propuesto usted burlarse de mí.

PURA. ¡Yo burlarme de mi marido! ¿Está usted en su juicio, Se-

:

- ñor Don Venancio?
- VEN. ¡Pura! ¡Pura! (Desesperado.) Harás que cometa una imprudencia.
- PURA. ¿Y por qué? ¡Vamos! ¿á qué vienen esas bocanadas? ¿Le han parecido á usted muy caras las flores que he mandado traer? Tenga usted un poco de paciencia: en invierno ese capricho es un tanto costoso; pero para eso en primavera se encuentran en todas partes y por un precio insignificante.
- VEN. Cualquiera, al oírla hablar, imaginaria que habia usted nacido princesa; pero no es eso.
- PURA. Ya sé que no he nacido princesa, ni mucho menos... pero míreme usted bien. (Coqueteando.) ¿Qué tal? Me parece que para haber sido educada en el campo no me faltan gracia, ni dignidad.
- VEN. (Todavía concluirá por hacerme reír.)
- PURA. ¿No contesta usted, Señor Don Venancio? ¿Qué crimen he cometido para no merecer contestacion?
- VEN. Señora Doña Purificacion, si hubiera usted cometido un crimen, con solo haberlo imaginado...
- PURA. (Declamando cómicamente.)
«¡Infeliz! ¡infeliz! mas me valiera
perecer en los climas africanos!»
- VEN. Eso es: búrlese usted á su gusto, búrlese usted, señora! pero lea. (Le entrega un papel.)
- PURA. (Despues de recorrerlo con la vista.) ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Con que me ama Cárlos Sotomayor, y era á mí y no á Maria á quien venia á ver en esta casa? ¡Ay, Señor Don Venancio; ¡Señor Don Venancio! usted está chocho.
- VEN. Señora, ¿volvemos á las andadas?
- PURA. (Tengamos un poco de paciencia.) Venga usted acá, imberbe caballero: ¿quién es quien firma este documento?
- VEN. ¿No lo vé usted? D. José Fernandez.
- PURA. ¿Y usted conoce á ese caballero?
- VEN. ¿Yo?... si... es decir, conozco á tres del mismo nombre y apellido.
- PURA. Pecador de usted, que no con oce que ese billete es un anónimo; y que acaso, y sin acaso, alguno de la tertulia de Doña Virtudes ha querido divertirse con usted.
- VEN. (Pensativo.) (Bien mirado, aquella familia que allí se reúne, es muy capaz..)

- PURA. Vamos: ¿qué piensa usted, si me cree digna de saberlo?
- VEN. Pienso que la casa de Doña Virtudes es un nido de escorpiones, y que te agradecería en el alma que no volviesses á poner los pies en ella.
- PURA. Allá veremos.
- VEN. (Con calma.) Pura... ¿Es posible que encuentres diversion?...
- PURA. Si, querido esposo, la encuentro y grande en reirme de todos ellos.
- VEN. ¿Y en que todos ellos se rian de mí?
- PURA. Tanto como eso no; aunque bien lo merecias por tus celos extravagantes ¡Já, já, já! Un Otelo con bata es capaz de hacer reir á los reyes de la plazuela de Oriente. (Váse.)

ESCENA II.

D. VENANCIO.

¡Bravo! ¡bien! ¡me he lucido! ¡y sobre todo he dejado bien puesto el principio de autoridad! ¡Esta Pura!... ¡esta Pura!... ¡Qué diantre!... ¡hay que tomarlo á risa!... Yo no digo que ella... eso no: es alegre, bulliciosa... y... nada mas que eso; pero el perillan de Cárlos... ¡Oh! yo observaré... porque es un mozo dispuesto para todo. Si al menos imitase las virtudes de su hermano...

ESCENA III.

D. VENANCIO y MODESTO.

- MOD. Felices dias, señor don Venancio.
- VEN. Muy felices: en este momento me estaba acordando de tí.
- MOD. ¡Oh! gracias, mil gracias... Usted me favorece demasiado.
- VEN. No tal, Modesto, no tal: te hago justicia y nada mas. ¡Está tan estragada la juventud! ¡y son tan cortas las excepciones!...
- MOD. ¡Oh! calle usted, se lo suplico, ó me obligará contra mi gusto á retirarme.

- VEN. No hablemos de eso. (Es un excelente muchacho.)
MOD. Y dígame usted, Señor Don Venancio, ¿á propósito de qué se había presentado mi nombre á la imaginacion de usted?
- VEN. Á propósito de una carta en que se me avisa de que tu hermano, aparentando querer á Maria, dirigia sus tiros á mi señora.
- MOD. ¡Será posible!
- VEN. Yo nada encuentro imposible, atendidos sus antecedentes.
- MOD. Verdad es; pero con todo, imagino que ese debe ser un aviso calumnioso.
- VEN. Porque tú no tienes hiel, porque eres su hermano y es muy justo que trates de defenderle; pero si no hubiese tal calumnia, si por una perversidad digna de un Tiberio, no contento con destruir la felicidad de una niña, acalorando su fantasia, tratase...
- MOD. Sosiéguese usted, Señor Don Venancio; ni yo lo creo, ni aun cuando asi fuese, estando de sobreaviso podria causarle á usted el menor disgusto. Eso en cuanto á lo principal: por lo que toca á Maria...
- VEN. Ya la he indicado por dos ó tres veces lo satisfactorio que me seria que el afecto tan inmerecido que ha puesto en Cárlos pasase á tí con creces, y...
- MOD. Gracias, mil gracias: si yo lograra una dicha tan inestimable... (Mi caudal creceria como la espuma.)
- VEN. Puedes creer que en cuanto de mí dependa...
- MOD. Lo sé, lo sé, Señor Don Venancio, é ignoro con qué palabras podré mostrar á usted mi agradecimiento.
- VEN. Puedes hacerlo, no con palabras, sino con obras.
- MOD. (¡Diantre!) ¿De qué modo?
- VEN. Vela por mí, procurando adivinar los proyectos de Cárlos, y deja á mi cargo el objeto de tus deseos.
- MOD. Con toda mi alma. (¡Ay, si mi hermano me oyese!)

ESCENA IV.

DICHOS, CARRASCOSA, desde la puerta.

- CAR. Si ustedes dan su permiso...
VEN. Adelante, Carrascosa: ya hacia tiempo que no teniamos el gusto de ver á usted.

- MOD. (¡Gusto... gusto!... Es hombre á quien no puedo sufrir.)
(Tomando el sombrero.) Ustedes tendrán que hablar, y no quiero...
- VEN. Contigo no hay secretos, querido mio: puedes quedarte.
- MOD. Mucho se lo agradezco á usted; pero ya es tarde, y...
- CAR. Como usted guste, caballero: ya no hace usted caso de sus antiguos servidores.
- MOD. ¿Yo? ¡Bah! ¡qué desatino!... ¡El bueno de Carrascosa!...
(Dándole un golpecito en el hombro.)
- CAR. Siempre el mismo.
- MOD. (Si, siempre tan cócora.) Hasta mas ver.
- VEN. Que no olvides mi encarguito.
- MOD. Pierda usted cuidado: desde este momento me constituyo...
- VEN. Gracias. (Estrechando la mano que Modesto le alarga.)
- MOD. (En agente de policia.) (Saluda y váse.)

ESCENA V.

D. VENANCIO y CARRASCOSA.

- CAR. Este señorito Don Modesto...
- VEN. Es el modelo de los jóvenes de su edad; tan sencillo, tan juicioso, tan indulgente...
- CAR. Ya sabe usted, Señor Don Venancio, que no somos del mismo modo de pensar: usted tiene su opinion y yo tengo la mia: no es esto decir que yo no sea el que me equivoque.
- VEN. ¡Oh, de seguro!
- CAR. No tanto: he educado á ambos hermanos y... ¡qué diantre! el hecho es que su señor padre, mi digno amo, á la edad del señorito Cárlos era... clarito, un poco tarambana, lo mismo que él; pero luego... ¡oh! luego...
- VEN. Dejemos eso, Carrascosa, dejemos eso, porque si Cárlos ha heredado algunas de las cualidades de su excelente padre, estoy seguro de que las habrá ido perdiendo del mismo modo que ha perdido sus intereses. ¡Oh! mucho se ha de afligir mi querido Andrés cuando llegue á su noticia lo mal que ha empleado en Cárlos su generosidad.
- CAR. ¿Si? Pues en ese caso no tardará mucho en tener ese

pesar, porque, segun carta suya que acabó de recibir, y por cierto con bastante retraso, ya debe de hallarse en Madrid.

VEN. ¿Y cómo es que no ha venido directamente á mi casa, ó por mejor decir, á la suya?

CAR. Lo ignoro completamente: solo me pone cuatro letras; y si bien de ellas se infiere que su llegada debió verificarse ayer, puede muy bien haberse retrasado, y yo en tal incertidumbre he venido á tomar su parecer de usted.

VEN. ¡Mi parecer! ¡mi parecer!... Hace diez y seis años que no nos vemos; y ya puede usted calcular el gozo con que le estrecharé contra mi corazón.

CAR. Eso por sabido se calla.

VEN. ¿Y no le dice á usted si ha prevenido de su viaje á sus sobrinos?... porque en ese caso...

CAR. Justamente me dice todo lo contrario; y aun me intima que guarde silencio, porque trata de sondearlos antes de darse á conocer.

VEN. ¡Magnífico! así no se podrá llamar á engaño. Y dígame usted, Carrascosa, con franqueza, á pesar de mis preveniciones, ¿ha noticiado usted á Andrés mi casamiento? ¿Lo sabe?

CAR. Aseguro á usted que nada le he escrito.

VEN. ¡Me alegre! ¡Oh! me alegre infinito. Aunque bien mirado... ¡mucho se vá á burlar de mí!... Con todo, yo le diré que vivo feliz, y si Pura no viene á echarlo á perder... En fin, ya no hay remedio, y lo que urge es prevenirle alojamiento. (Tira del cordón de la campanilla.)

ESCENA VI.

DICHOS y MARIA.

MAR. ¿Era á mí á quien usted llamaba? Felices dias, Carrascosa.

CAR. Felices, señorita.

VEN. No, hija mia: no era á tí, era á mi mujer.

MAR. Creo que estaba en su tocador.

VEN. ¡En el tocador! ¡en el tocador! Siempre pensando en moños y en tonterias. ¡Pura! ¡Pura! (Llamando desde la puerta, despues de haber roto el cordón de la campanilla.)

- CAR. Con permiso de usted, Señor Don Venancio, voy á ver si logro adquirir alguna noticia, y vuelvo á avisarle inmediatamente.
- VEN. Eso, Carrascosa, eso me parece le mas acertado. (Carrascosa saluda y se retira.)

ESCENA VII.

D. VENANCIO, MARIA, y á poco PURA.

- MAR. Pero ¿me quiere usted decir...
- VEN. Nada, hija mia, nada: esta casa es un infierno: ni los criados oyen, ni la señora atiende, ni... (Llamando otra vez desde la puerta.) ¡Pura! ¡Pura!
- PURA. (Presentándose.) ¿Qué ruido de campanillas y qué voces son esas? ¿Ha tenido usted alguna otra carta?
- VEN. Parece que se complace usted en atormentarme con un recuerdo...
- PURA. (Interrumpiéndole.)
Que á manera de flecha emponzoñada...
- VEN. ¡Pura, por los clavos de Cristo!
- PURA. Pues explíquese usted.
- VEN. Á eso voy. Ya me habeis oido hablar ambas de mi amigo Andrés, condiscípulo de colegio, famoso sujeto, hombre campechano, tío de Modesto y de... (Mirando á Pura.)
- PURA. (Con malignidad.) ¡Hum!
- VEN. ¡Señora!
- MAR. ¿Y qué ha ocurrido á ese caballero?
- VEN. Que está para llegar de un momento á otro, si es que ya no se encuentra en Madrid, que mas que mi amigo es mi camarada, mi hermano; y en fin, que quiero que no se separe de mí, que viva conmigo...
- PURA. (Interrumpiéndole de nuevo.) Y que dispongamos lo conveniente para que esté hospedado como se merece. ¿No es esto lo que quieres decir?
- VEN. Justamente. ¡Gracias á Dios que por la primera vez nos entendemos!
- PURA. Porque tú no quieres. ¡Si siempre fueses tan amable como ahora! Mira, ya has roto el cordon de la campanilla:
- VEN. Es que hay ocasiones, Pura...

- PURA. No te disculpes. (Á Maria.) Vente. (Saliendo.) (¡Si yo consiguiese hacerle vivo!) (Maria se dirige á la puerta. D. Venancio la detiene.)
- VEN. Aguarda, Maria.

ESCENA VIII.

D. VENANCIO, MARIA.

- VEN. ¿No has hablado con Modesto?
- MAR. ¿Yo? no, señor. ¿Por qué me lo pregunta usted?
- VEN. Porque no hace mucho ha estado aqui, y yo pensé que habria pasado á saludaros.
- MAR. No le hemos visto.
- VEN. Lo siento: está que bebe por tí los vientos; y siendo un jóven tan cabal me alegraria, segun creo haberte indicado...
- MAR. Me es sumamente doloroso que insista usted de nuevo en esa idea: ni yo podria hacerme superior á la antipatia que le profeso, ni usted querria...
- VEN. Basta: eso lo que me indica únicamente es que su bendito hermano la tiene á usted trastornado el cerebro.
- MAR. Es usted muy injusto conmigo: me ha aconsejado que no le vea ni le hable, y le obedezco puntualmente; me ha demostrado usted que era indigno de mi cariño, y me he sometido: pero entre condenar sus defectos y ser indiferente á sus desgracias, media un abismo.
- VEN. Corriente, yo en eso no me meto: compadece á Cárlos cuanto gustes; pero entrega tu mano y tu corazon á un hombre que sea mas digno de poseerlos.
- MAR. Á Modesto, jamás. (Con entereza y váse.)

ESCENA IX.

D. VENANCIO.

- VEN. ¡Es posible que haya un hombre mas desgraciado que yo! Mi pupila me desobedece, mi mujer se burla de mí á todas horas, los de fuera...
- AND. (Dentro.) ¡Venancio! ¡Venancio!
- VEN. ¡Andrés!... ¡ay Dios mio! ¡qué broma me vá á dar con el casamiento!

ESCENA X.

D. VENANCIO, D. ANDRÉS, CARRASCOSA.

- VEN. (Saliéndole al encuentro.) ¡Bien venido, querido Andrés!..
¡Una y mil veces bien venido!—Permíteme que te estreche, que te dé una docena de abrazos.
- AND. Con el alma y la vida, amado Venancio. Ansia tenia de de que llegase este momento.—¿Y sabes que te encuentro casi lo mismo que cuando me separé de tí?
- VEN. ¿De veras?
- AND. Como lo oyes.
- VEN. Y sin embargo han trascurrido ya cerca de diez y seis años, que pesan mucho, y he pasado en ellos mil contratiempos, y me he puesto gris, y...
- AND. ¡Vaya, todo eso no vale la pena! El hecho es que yo te veo sano, robusto, fuerte, y... ¿supongo que continuarás soltero?
- VEN. Si, soltero...
- AND. ¿Con que sí?... Vengan esos cinco. ¿Rehusas?
- VEN. Si, Andrés querido: no me has dejado concluir. Iba á decirte que he permanecido soltero hasta hará cosa de tres años; pero hoy...
- AND. ¡Ay, pobre Venancio! ¿Con que has abandonado el estado honesto? ¿con que has abjurado de tus principios? ¿con que?... ¡cómo ha de ser! Ya no hay remedio, y te deseo larga vida y próspera sucesion.
- VEN. Gracias, gracias: ya hablaremos de eso mas tarde.
- AND. Dices muy bien. Las conversaciones de dos amigos que tanto se quieren no se han de empezar con lamentaciones. ¡Y este pícaro Carrascosa, que nada me ha prevenido!
- CAR. ¡Como mediaba una prohibicion expresa!
- AND. ¿Tambien eso? En fin, dejémoslo para otra ocasion, y ocupémonos ahora de mis sobrinos. ¿Con que mi Carlos es un calavera?
- VEN. ¿Un calavera? ¡Ay, querido Andrés, algo mas que eso! Es un perdido, un galopin. Pero á bien que su hermano Modesto es el reverso de la medalla, y todo queda compensado. No hay persona que no se haga lenguas en su elogio.

- AND. Lo siento, querido Venancio: esas reputaciones exageradas me dan siempre qué pensar, desconfío de ellas. Todo hombre tiene sus defectos, y el que parece que de ellos está exento suele ser peor en el fondo, porque encubre siempre su rostro la máscara de la hipocresía. El hombre mas digno y mas honrado es el que generalmente tiene mas detractores.
- VEN. ¿De modo que la tacha que pones á Modesto es la de no tener enemigos?
- AND. Justamente; porque con el mérito que le supones, los debería tener á centenares.
- VEN. Corriente, Andrés, corriente: tú le hablarás, y si su conversacion no te edifica, si no te ves precisado á aplaudir sus nobles sentimientos...
- AND. ¡Vaya al diablo con sus sentimientos! La moral la quiero yo en las obras, no en las palabras.
- VEN. Con todo...
- AND. No quiero despues de todo que vayas á imaginar por eso que trato ni remotamente de justificar la conducta de Cárlos. Estoy altamente indignado contra él; y como sea cierto cuanto de él se dice, ya puede buscar un tonto que le dé la mano para levantarse. De todos modos, y antes de tomar una determinacion, quiero yo examinar á los dos hermanos separadamente y por mí mismo, para lo cual Carrascosa y yo hemos venido trazando un plan por el camino. ¿No te parece?
- VEN. Sea, si eso te se antoja lo mas oportuno.
- AND. Espero obtener de él los mejores resultados.
- CAR. Y yo espero mas todavia.
- AND. ¿Qué, Carrascosa?
- CAR. Que hemos de lograr entre los dos romper la venda que cubre los ojos del Señor Don Venancio, y demostrarle que se ha engañado lastimosamente.
- VEN. Mucho lo dudo, porque respondo de Modesto.
- CAR. Allá lo veremos.
- AND. Punto y aparte.—Señor don Venancio, ¿me quiere usted ahora hacer el gusto de darme á conocer á su pupila y á su esposa?
- VEN. (Haciéndole pasar adelante.) Desde luego, querido Andrés. Pasa, pasa adelante. ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué fases presentará hoy mi astro conyugal!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Carlos. Puerta á la izquierda, balcones á la derecha: cuadros alrededor, que forman una galeria de retratos de su familia. Muebles muy buenos al lado de otros inferiores. Quiñones, vestido, apareco acostado en el mejor sofá, y á su lado un velador con una luz y un libro en el suelo. Desórden en todo.

ESCENA PRIMERA.

QUIÑONES, solo. Se levanta y despues se despereza: abre los balcones y apaga la luz.

¡Magnífico! ¡las ocho de la mañana y mi señorito sin parecer! ¿Dónde habrá pasado la noche? ¿en la calle de la Puebla ó en la de la Colegiata? Mucho tiempo hacia ya que no trasnochaba, porque con los amores de la señorita María se nos iba volviendo cartujo, y ni jugaba, ni salia de casa, ni pensaba en las hijas de Adan, en esas mariposas que vuelan de flor en flor y chupan el jugo de todas ellas, como dice esa novela que estoy leyendo. (La levanta del suelo.) En fin, esto era un desórden, mi bolsa estaba siempre en baja, y mi lucha se iba quedando mas flaca que los rocines de la plaza de toros. ¡Desastres! Afortunadamente no hay bien ni mal que cien años dure, y hoy volvemos á nuestra vida normal, ó lo que es lo mismo á las jaranas, á las intrigas, y sobre todo á los empréstitos. ¡No hay nada en el mundo

como los empréstitos! La riqueza amortizada no es otra cosa que la pobreza en su estado álgido, como dice mi señorito; y á mí me gusta la circulacion, porque así como con la de la sangre se vigoriza el cuerpo... (no recuerdo dónde lo he leído) del mismo modo con la del oro se robustece el chaleco, y siempre queda algun sobrante para la pobre hucha, á quien quiero mas que Don Quijote á su Dulcinea.

CARL. (Cantando dentro.)

«La constanza tiranna del cuore
detestiamo qual morbo crudelle...»

QUIÑ. ¡Gracias á Dios! ¡ya está aqui mi amo! y contento á lo que parece... ¡Un empréstito, Dios mio, un empréstito, ó diez y siete cartas acertadas jugando á la dobla!

ESCENA II.

CÁRLOS, QUIÑONES. Entra Cárlos y arroja en un lado la capa y en otro el sombrero.

CARL. ¿En qué estabas pensando, Quiñones?

QUIÑ. En el crédito público, Señor.

CARL. Y yo en el privado.

QUIÑ. ¡Oh... si yo fuese como usted!...

CARL. Estarias medrado.—¿Has visitado alguna vez el asilo de San Bernardino?

QUIÑ. En mi vida, señor.

CARL. Pues yo pienso visitarle muy pronto.

QUIÑ. ¿Por curiosidad sin duda?

CARL. No, amigo mio, por necesidad. Muy mal debe de sentarme la blusa, pero ¡qué remedio!

QUIÑ. No piense usted en semejante locura.

CARL. Yo bien quisiera complacerte; pero ya lo ves... (Golpeándose el bolsillo.) este cuarto está desalquilado; y por mas que pongo papeles...

QUIÑ. Ya vendrá algun inquilino, señor. ¿Por qué no vé usted á Don Lesmes?

CARL. ¡Don Lesmes! ¡Don Lesmes! ¿Te se figura á tí que no he estado ya á ver á Don Lesmes?

QUIÑ. ¿Y qué?

CARL. Como ya no puedo dar otra hipoteca que la esperanza, dudo que venga como en mejores dias á verter en mi

lámpara algunas gotas del bálsamo carísimo de sus octogenarias peluconas.

QUIN. (Dándole una carta.) ¡Ánimo, señor! Quién sabe... anoche trajeron esta esquela; y si no me engañan mis ojos, la letra es...

CARL. (Recorriéndola.) Cierto, es su letra, y dice que vendrá con otro caballero. ¡Otro judío como él! Pero me alegro. Un primo, á quien no conozco, se muere de hambre; y si logro sacarle algunos maravedises los compartiré con él, y Cristo con todos. ¡Dice que tiene cuatro criaturas!

QUIN. Muchas son, señor, y si anda usted en reparticiones...

CARL. ¡Canalla! ¿Me meto yo en que me sises ó me dejes de sisar? Haz tú tu agosto, y no te opongas á que vivan los demas, ó de lo contrario te daré tu pasaporte y algun puntapie por añadidura.

QUIN. Juro á usted, Señorito, que mi ánimo no ha sido...

CARL. Basta; me voy á acostar, que ya es de dia. Si viene algun acreedor, que me he muerto; si asoma mi hermano que deje dicho qué nueva comedia tiene en estudio; y si comparece Don Lesmes con su *adltere*... mira, entonces, avísame; porque ya lo sabes, el hambre no tiene espera.

QUIN. Comprendo, y ejecutaré puntualmente las órdenes de usted.

CARL. Si ¡se presenta Carrascosa díle que no se marche sin verme. (Marchándose y volviendo al llegar á la puerta de su habitacion.) ¡Ah! escucha; tú estarás desocupado: entretente en pasar el plumero á las venerables fisonomias de mis antepasados.

QUIN. No comprendo, señor.

CARL. Para hacer lo que te digo no necesitas comprender. Buenos días, Quiñones.

QUIN. Muy buenas noches, Señor. (Váse Carlos.)

ESCENA III.

QUIÑONES.

Pues señor, no hay remedio; en esta casa no hay doncella, y por lo visto desde hoy quiere mi amo que yo lo sea. Corriente. colocaré el plumero en su baston de caña para que llegue; y adelante. (Lo ejecuta.) Esta comi-

sion era mas propia de la Maritornes de allá adentro; pero es igual. (Empieza á quitar el polvo de los retratos.)

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. LESMES y QUIÑONES.

- LESM. Buenos dias, Quiñones. ¡Hola! parece que se ocupa usted de los quehaceres domésticos?
- QUIÑ. Si, señor, por pasatiempo, es decir, por pasatiempo, y tambien por amor al órden. Mi amo y yo nos hemos hecho muy ordenados.
- AND. Lo celebro. Y dígame usted, ¿dónde se halla ese caballero? ¿Ha salido ya á sus negocios?
- QUIÑ. ¡Oh! no, señor, aqui no tenemos negocios; es decir, los míos se reducen... ya puede usted ver... (Señalando el plumero.) Por lo que toca á los de mi amo... ¡oh! mi amo... sus negocios los tiene fuera de casa.
- AND. Ya lo presumo, y sospecho que en este momento...
- QUIÑ. En este momento se acaba de meter en la cama; pero tengo órden de avisarle en cuanto ustedes lleguen, y voy á ponerlo por obra. (Váse.)

ESCENA V.

D. LESMES, D. ANDRÉS.

- AND. ¡Magnífica hora de acostarse! Esto promete por lo visto. (Recorriendo con la vista la habitacion.) Oiga usted, Don Lesmes: por lo que estoy reparando, esta debe de ser la casa de mi hermano: veo aqui los retratos de la familia.
- LESM. Efectivamente. El Señor Don Cárlos Sotomayor compró esta casa con todo su moviliario á Don Modesto, su hermano mayor: la finca está hipotecada y el moviliario vendido; pero conserva, segun se vé, los retratos de sus mayores.
- AND. De que su Señor hermano se deshizo. Esto no debe echarse en saco roto, porque demuestra por lo menos que si Cárlos es un perdido, tiene buen fondo.
- LESM. Es verdad, caballero; y á pesar de todo Don Venancio solo vió en la adquisicion hecha por Don Cárlos un acto

de prodigalidad.

AND. Si, pero en cambio en la bribonada del otro veria un acto de virtud.

ESCENA VI.

DICHOS y QUIÑONES.

QUIÑ. Mi señorito se está vistiendo, y ruega á ustedes que tengan la bondad de aguardarle un momento.

AND. (Á D. Lesmes.) Si supiera quién soy yo, estoy seguro de que no me haria hacer antesala.

QUIÑ. ¡Oh! si, señor, lo sabe: usted es el sujeto á quien Don Lesmes, por no hallarse en fondos, ha buscado para que se los facilite. Ahora mismo me lo acaba de decir.

AND. Está bien, Quiñones: ¿no es asi como usted se llama?

QUIÑ. Justamente, Señor Don...

AND. Si, Don... (Á D. Lesmes.) (Hágame usted el favor de decirme cómo me llamo.)

LESM. (Á D. Andrés.) (Zacarias Vellon.)

AND. (En seguida á Quiñones.) Don Zacarias Vellon, si usted no lo toma á mal.

QUIÑ. ¡Oh! nada de eso, y si usted me pudiese anticipar algunos reales de su mismo apellido, no me cabria el gozo en el cuerpo.

AND. ¿Con que usted tambien necesita?...

QUIÑ. Desde luego: ¿y quién no se halla en ese caso? Mis honorarios como secretario y como ayuda de cámara no son escasos; pero como mi amo tiene tantas atenciones, no me estaria mal una anualidad adelantada al interés que usted quisiese. (Don Lesmes, interésese usted por mí.)

AND. Veremos. (Me hace gracia el tunantuelo del criado.)

QUIÑ. ¿Qué resuelve usted?

LESM. El Señor Don Zacarias dirá, como haria yo si me hallase en su lugar, que si usted pudiese eutregarle una prenda...

QUIÑ. ¡Prenda! Yo bien quisiera; pero el caso es que como el guardarropa de mi amo se encuentra tan reducido... con todo le ojearé despacio, y... (Aparece Carlos.) Mi señorito. (No le digan ustedes una palabra. (Váse.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, D. ANDRÉS y D. LESMES.

- CARL. Ustedes perdonarán si les he hecho aguardar contra mi deseo. Tomen ustedes asiento.
- LESM. Mil gracias. Yo he venido únicamente á presentar á usted al amigo Don Zacarias Vellon, sujeto muy probo y recomendable; y en cuya discrecion puede usted descansar desde luego.
- CARL. Asi lo creo. (¡Infeliz de mí si se te parece!)
- AND. (Señalando á D. Lesmes.) El señor le ha dicho á usted todo; y ya...
- CARL. Permitame usted: acostumbro á emplear en los negocios muy poco tiempo; y voy á explicarme en cuatro palabras. Yo soy gastador y necesito dinero: usted es un anciano que tiene y que presta: yo soy bastante loco para ofrecer á usted una ganancia de un cincuenta por ciento, y usted bastante cuerdo para exigir otra que rebase de un doscientos: se me figura que esto es en resumen cuanto teniamos que decirnos.
- AND. Eso se llama ser franco: asi me gustan á mí los hombres.
- LESM. Y á mí.
- CARL. Lo creo; y por esa razon sin duda siempre me ha favorecido usted *desinteresadamente*.
- LESM. Como un amigo por lo menos.
- CARL. O como un saca-muelas; es igual. Volvamos á nuestro asunto, Don Zacarias.—Para que usted me anticipe dinero...
- AND. Justo: necesito saber qué garantias puede usted ofrecerme. ¿Usted, segun creo, no posee ninguna hacienda?
- CARL. Ni una cabaña de pajizo techo.
- AND. Ni fincas; porque esta que en la actualidad habita...
- CARL. Si no de hecho, de derecho al menos le pertenece á mi amigo y protector el Señor Don Lesmes. Veo que le ha puesto á usted al corriente de mis asuntos.
- AND. Algo.
- CARL. Pues entonces no ignorará usted tampoco que si mi haber puede muy bien representarse por cero, tengo un tío en Indias inmensamente rico, y sobre todo inmen-

samente bondadoso.

- AND. Efectivamente, lo habia oido decir; pero ya puede usted calcular que ese papel no tiene salida por ahora... ¿Y quién sabe si la tendrá tampoco en lo sucesivo?
- CARL. ¡Oh! lo que es tocante á ese punto no le debe á usted quedar la menor duda. ¿No es verdad, Don Lesmes?
- LESM. ¡Pche!...
- CARL. Siento no tener aqui una carta suya, en que, entre otras mil frases de gran precio, me decia que sin perjuicio de una cantidad de diez mil pesos que me iba á mandar con un amigo... ¿No era eso, Don Lesmes? (Haciéndole señas.)
- LESM. Pues... eso...
- CARL. Pues bien: ademas de ese auxiliejo (¡quién le viese!) que no me jestaré muy mal, me indicaba que cuando Dios le llamase á mejor vida... (Él haga que sea lo mas tarde posible...) á mí, y solo á mí pensaba legar toda su fortuna. Don Lesmes ha leído esa carta; y usted mismo si quiere... (Hace ademán de dirigirse á su habitacion.)
- AND. ¿Para qué? No es necesario. (Si habré yo escrito esa carta en un acceso de sonambulismo!) (Alto.) Con esa cantidad de diez mil pesos... (D. Lesmes toma el sombrero.)
- CARL. (Á D. Lesmes.) (¡Apóyeme usted ó soy perdido!)
- LESM. (Tengo conciencia y prefiero marcharme.) ¿Señor Don Zacarias...
- AND. ¿Qué es eso? ¿se marcha usted?
- LESM. Justamente. Hoy sin falta alguna tengo que cobrar una letra; y si sale el sujeto... (Su sobrino de usted debe hallarse muy apurado, porque hoy miente contra su costumbre.)
- AND. No importa: vaya usted á lo que tiene que hacer.
- CARL. Con que... (Á D. Lesmes: este se desentiende, hace un saludo y se retira.)
- LESM. Hasta mas ver, señores. (Váse.)
- CARL. (¡Paciencia! ¡Quién diria que ese hombre me ha roido los huesos!)

ESCENA VIII.

D. ANDRÉS y CÁRLOS.

- AND. Decia que puesto que en breve ha de recibir usted diez mil pesos, luego que venga el amigo de su tío de usted.
- CARL. Si, pero hágase usted cargo de que esa noticia la he recibido hace dos ó tres días, de que América no está á las puertas de Madrid, de que el sujeto que ha de entregarme esa suma saldrá ó no saldrá inmediatamente de Montevideo; y en fin...
- AND. De lo que me hago cargo primeramente es de que usted está sin un maravedí...
- CARL. Cierto, si, señor.
- AND. De que necesita usted algunos millares de ellos.
- CARL. Es la horrible verdad.
- AND. De que no posee usted finca ni hacienda, ni alhajas, ni vajilla, ni nada que pueda servirme de hipoteca.
- CARL. ¡Ah! tambien eso es cierto.
- AND. Y por último,—suplico á usted que no se incomode por lo que voy á decirle,—de que ese tío de quien usted me habla...
- CARL. Vive, no le quepa á usted la menor duda.
- AND. No me opongo.
- CARL. Me quiere entrañablemente.
- AND. Quizás, aunque en ese punto pueda haber algo de exageracion.
- CARL. ¡Oh! permítame usted...
- AND. No, no: déjeme usted que concluya. Lo que yo no creo, ó por lo menos, de lo que dudo hasta que me cerciore por mis propios ojos, es de la existencia de esa carta atestada, á lo que usted dice, de seductoras promesas.
- CARL. (Con ira.) ¡Don Zacarias!...
- AND. (Con dignidad.) Caballero...
- CARL. (Despues de un momento de reflexion.) Veo, Don Zacarias, que no es usted el hombre que yo busco, el hombre bajo y rastrero, el digno socio en fin, de Don Lesmes.
- AND. (¡Si me habré vendido!) Está usted en un error, Señor Don Cárlos: yo soy un prestamista como Don Lesmes; y como él, y mas que él, tomo mis medidas para

- no ser sorprendido: por lo demas, cada maestrillo tiene su librillo, á mí me gusta la claridad, y como le ví á usted claro en un principio...
- CARL. Ha extrañado que despues... Bien: no me pesa. Diré mas: me alegro de haber dado con un hombre como usted, porque la mentira me repugna.
- AND. Señor Don Cárlos... (¡Oh! esa confesion me reconcilia con él.)
- CARL. Si, señor, he exagerado y he mentido: no poseo nada; y hasta la esperanza huye por momentos de mis ojos: dos cosas me quedan únicamente, la biblioteca de mi padre y los retratos de mis ascendientes: ¿cuánto me puede usted dar por ambas cosas?
- AND. ¡Diantre! (Esto ya no me gusta tanto.) Pero vamos, francamente: ¿usted trata de vender á sus antepasados?
- CARL. Desde el primero hasta el último.
- AND. ¿Y esa venta la hace usted sin pena, sin remordimientos?
- CARL. Sin remordimientos y sin pena, Señor Don Zacarias. Cierto es, ciertísimo, que por mis venas circula la sangre de todos ellos; pero por esa misma razon: ¿á quién mejor que á ellos he de acudir en mis momentos de desgracia?
- AND. (Esto ya no tiene remedio.) Bien visto... corriente: voy á comprar á usted su galeria de retratos. El pincel no es malo; veo algun Velazquez, algun Carreño y algun Mengs. Ya veremos de darles salida.
- CARL. ¿De veras?... Pues manos á la obra. (¡Me he salvado!) Acérquese usted y tendrá el gusto de conocer á mis abuelos desde los últimos años de la reconquista. ¡Ah! se me ocurre una idea. (Se encarama en un sillón: descuelga un pergamino grande y se pone á arrollarlo sobre una mesa.)
- AND. ¿Qué ha hecho usted?
- CARL. He descolgado el árbol genealógico, que es un pergamino durísimo, y me preparo á golpear con él este velador si la venta se ha de hacer al martillo.
- AND. ¿Para qué? No es necesario. (Estoy por mandarle con dos mil diablos.)
- CARL. ¿No le acomoda á usted? Bueno: quiere decir que con ir apuntando en mi cartera el precio en que convengamos, el resultado viene á ser el mismo.
- AND. Sea. (Mas me valiera no haber venido.)

- CARL. Empecemos por don Fadrique de Sotomayor, rico-home de Castilla, que acompañó á los Reyes Católicos en el cerco de Granada: ¡magnífico semblante! Los bigotes solo valen una onza de oro como un maravedí. Pues ¿y la armadura?... Coraza de Milan... casco...
- AND. (Los cascos son los que á tí te faltan.) Doy por él veinte duros, en consideracion á su antigüedad.
- CARL. Poco es, pero vamos... (Apunta.) Veinte duros. Esta es la Señora Doña Guiomar de Pimentel, matrona excelente, virtud austera y modelo de esposas. Su rostro no tenia nada de bello; pero sus acciones...
- AND. Le tomo por otros veinte.
- CARL. Pero hágase usted cargo, Señor Don Zacarias, de que solo el manto de grana guarnecido de armiños, vale mucho mas.
- AND. Está pagado de sobra.
- CARL. Bien. Pasemos á Don Dámaso, magistrado integérrimo, hombre austero y sóbrio, inflexible como las columnas de Hércules; y de quien se cuenta que solo se rió una vez en su vida, el día que perdió á su suegra.
- AND. Siete duros, y está bien pagado.
- CARL. Quede en doce, y vaya apareado con Don Gerónimo, su hijo, inquisidor general, y menos risueño aunque su glorioso padre.
- AND. Corriente:
- CARL. Pasemos ahora á Don Gonzalo, casado con Doña Beatriz de Monferrato, varon él, que así manejaba el acero como la pluma; y ella, señora que aunque oriunda de Italia...
- AND. Señor Don Cárlos, si á usted le parece, y para no perder tiempo, ofrezco por toda la coleccion, y eso porque siempre he sido aficionado á las artes, quinientos pesos al contado.
- CARL. ¿Y por quinientos pesos quiere usted que vaya yo á quedarme solo, á privarme de una sociedad tan numerosa y escogida? ¡Si al menos doblase usted la cantidad!
- AND. Es todo cuanto puedo ofrecerle; busque usted otro, y si los tasa en un precio mayor...
- CARL. (¡Dios mio! ¡Dios mio!) En fin... ¡cómo ha de ser!... Mande usted por ellos; pero entendámonos antes. (Pasando al otro lado de la habitacion.) Estos tres últimos cuadros no forman parte de la pacotilla.

- AND. ¿Pues no habia usted dicho que desde el primero hasta el último?
- CARL. Si lo dije, lo hice sin reflexionar: los dos primeros lienzos copian exactamente, segun me han dicho, porque los perdí muy pronto, las facciones de los que me dieron el ser; y este último, á quien tampoco recuerdo, porque hace muchos años que falta de España, es el retrato del tio de quien ya le he hablado á usted; y á quien debo y agradezco muchísimos beneficios.
- AND. (¡Oh! este Cárlos es un pícaro; pero un pícaro de muy buen género.)
- CARL. ¿Qué piensa usted, Don Zacarias?
- AND. Que no me convengo: y que si esos tres cuadros no entran en la coleccion, me vuelvo atras de mi ofrecimiento.
- CARL. Puede usted hacer lo que guste; pero en tanto que me sea dado disponer de cuatro varas de tapia en que colocarlos, nunca se separarán de mí.
- AND. (Mirándole de hito en hito y aparte.) (El mismo génio de su padre, y hasta su misma fisonomia.)
- CAR. Con que decídase usted: ¿en qué quedamos?
- AND. ¿En qué? Soy tan testarudo como caprichoso: doy los mil pesos con tal de llevármelos todos sin excepcion.
- CAR. He dicho á usted cuanto tenia que decirle. (Dirigiéndose á su habitacion.)
- AND. (De buena gana le daría un abrazo.) ¿Y cuándo podré mandar á buscarlos?
- CAR. Cuando usted guste; pero sin olvidar las condiciones.
- AND. Enhorabuena; mañana vendré por ellos, y de paso...
- CAR. Perdone usted: yo, aunque no tengo dinero, tengo alguna casa todavia donde me den de comer; pero un pariente necesitado y con familia, acaso no pueda decir lo mismo; y desearia, si es posible, socorrerle con alguna cantidad.
- AND. (Decididamente no hay medio de incomodarse con él.) (Sacando una cartera y dándole un billete.) Tome usted por lo pronto, y mañana nos veremos.
- CAR. ¡Oh! ¡venga esa mano, Don Zacarias!
- AND. Hasta mañana. (Dándosela.) (Me marcho. Ha hecho que se me salten las lágrimas.) (Váse.)

ESCENA IX.

CARLOS.

¡Por fin comerá mi primo, y comerán sus polluelos! ¡oh! ¡la familia!... Yo tambien podria tener familia; pero ya se vé, Maria... ¡Pobrecilla! Es un tesoro; y me quiere: y yo... ¡Oh! ¡yo la idolatro! pero si se casase conmigo... No, no merece ella ocupar un puesto en San Bernardino.

ESCENA X.

CARLOS y QUIÑONES.

- QUIÑ. El señor de Carrascosa está aguardando hace media hora; pero como estaba usted ocupado... ¿Qué tal? ¿dió lumbre?... ¿tenemos ya fondos?
- CAR. Mañana te pagaré lo que te debo. Di á Carrascosa que entre.

ESCENA XI.

CARLOS y CARRASCOSA.

- CARL. Mucho me alegro de que llegues á tiempo.
- CAR. ¿A tiempo de qué, señor?
- CARL. De despedirte (Señalando á los retratos.) de mi familia, que mañana se vá de aqui con la música á otra parte.
- CAR. Es decir...
- CARL. Que me quedo en esta casa solo como un hongo; y que acaso dentro de poco, ella, la casa, se quedará tan sola como yo me encuentro.
- CAR. ¿Y á pesar de todo tiene usted humor para chancearse?
- CARL. ¡Y qué remedio! A mal dar tomar tabaco. ¡Si me admitiesen de escribiente en una administracion de loterias!...
- CAR. ¡Señorito!
- CARL. No hagas caso: nunca faltará un portal; y con un mal biombo y una mesilla, pondré memoriales, escribiré cartas á las cocineras, con flechas, corazones, palomas y grillos, y en fin... no te amosques: toma ese billete y llévasele á mi primo que yo no conozco, pero tú sí;

dile que se remedie con él, y que ya le auxiliaré yo con otro cuando pase á mejor fortuna.

CAR. Pero esa cantidad es excesiva, y por otra parte usted...

CARL. Haz lo que te digo y no te cuides de mí.

CAR. ¡Que no me cuide de usted! Como si eso fuera posible.

CARL. ¡No lo es? Pues mira, para desenojarte y para que veas que te quiero, dame el brazo y me voy á comer contigo. (Toma el sombrero.)

CAR. ¡Con alma y vida! (Haciéndole pasar delante.) Pero pase usted delante... (¡Si su padre le oyese se le caería la baba!)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Biblioteca de Modesto. Balcones á la derecha. Puerta á la izquierda: otra en el foro. Un biombo en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

MODESTO y un CRIADO.

CRIADO. Ahí fuera está una señora que dice que quiere hablar con usted.

MOD. ¿Y tú no sabes quién puede ser?

CRIADO. Lo ignoro completamente. Al entrar yo en casa la ví bajar de un carruaje de plaza, y antes de hacerlo se cubrió con el velo; de modo que ni aun he podido verle la cara.

MOD. (Quién podrá ser esa señora? La Eugenia no, porque su madre... La Teodora menos: su marido es una especie de guardia civil. La...) En fin, díle que entre y sea quien fuere.

ESCENA II.

PURA y MODESTO.

MOD. (Saliéndole al encuentro.) Entre usted, señora, entre usted sin recelo, y sepamos á qué debo la honra de su visita.

- PURA. ¿Está usted solo, Modesto?
- MOD. (¡Esa voz!...) Completamente, señora.
- PURA. En ese caso... (Levantándose el velo.)
- M.D. ¡Pura! ¡Ah, Pura, cuánto me alegro! ¿Y sabe usted que con ese traje de *negligé* la encuentro interesantísima?
- PURA. ¡Bah! ¿Qué es lo que está usted ahí diciendo?
- MOD. La verdad, Purita, y nada mas que la verdad. Tiene usted unos ojos de *quiéreme ó te mato*.
- PURA. Supongo que hablará usted de broma, Señor Don Modesto; porque de otra suerte... (Hace ademán de salir.)
- MOD. Nada de eso, Purita, hablo de veras; solo que yo en esto no veo...
- PURA. Tiene usted razon hasta cierto punto: me ha visto usted mil veces en sociedad dar y recibir chanzas, y á pesar de su austeridad se ha creído autorizado para...
- MOD. Mil perdones, Purita, pero no creo...
- PURA. Lo que yo sospechaba, lo que ya casi me atreveria á afirmar, es que no es usted ajeno al infierno en que vivo, á los extravagantes celos de mi marido.
- MOD. ¿Su marido de usted tiene celos de mí, Pura? Crea usted que á ser fundados no me pesaria.
- PURA. Caballero, ese lenguaje... (Nunca lo hubiera creído.) ¿Y usted es el virtuoso? ¿Usted el hombre delicado? ¿usted... Yo aclararé ese misterio, y sabrá el mundo...
- MOD. (¡Diablo!) ¿Y usted piensa?... (Este terreno se vá poniendo resbaladizo.) ¿Ha llegado usted á imaginarse que yo trataba de ofenderla en lo mas mínimo? ¿Es posible que porque en un momento de expansion?... ¡Vaya, vaya! Purita, no hablemos de eso; y sepamos de quién está celoso su marido de usted.
- PURA. No sé si debo...
- MOD. Vamos, no sea usted rencorosa; perdone usted si la he ofendido, y prosiga. El Señor Don Venancio, á lo que parece...
- PURA. Está celoso de Cárlos, de su hermano de usted: le han escrito algunos anónimos, y ayer... ¡oh! ayer se le encontró cerca de su casa, rondando quizás á Maria, y he tenido con tal motivo un disgusto que me ha quitado el sueño y que me trae inquieta y desasosegada.
- MOD. ¿Con que eso es decir que Cárlos?...
- PURA. Sigue en sus trece, y crea usted que me alegraria en el alma de que se casasen cuanto antes para que se de-

sengañase mi marido del error en que vive. Una cosa es que yo sea chancera, y otra...

MOD. (Pues á mí esa boda maldita la gracia que me haria.)
Crea usted, señora, que participo de su pesar, y que si en algo puedo...

PURA. Puede usted en primer lugar, y ese ha sido el objeto de mi venida, ver á su hermano; referirle lo que pasa; rogarle que no comprometa por un capricho mi sosiego y el de mi casa; y tambien...

MOD. No prosiga usted, señora, comprendo desde luego la afliccion de usted, y me encargo tambien de ver á Cárlos y de desvanecer esa sospecha del ánimo de Don Venancio, con tal de que usted...

PURA. ¿Hable en su favor á Maria? ¿Está tan ciega por Cárlos!

MOD. ¡Ay! (Demasiado lo sé.)

PURA. Eso es decir...

MOD. ¿Qué sé yo, señora, lo que quiere decir? Lo que yo veo... (es que hoy está hermosísima la Purita.)

PURA. Pero explíquese usted...

MOD. Creo que le he hecho mal en fijar mis ojos en esa tontuela; y como usted...

PURA. ¿Yo, qué?...

MOD. Pura, (ya no me puedo contener) si alguien la ha visto entrar en mi casa es usted perdida: ¿comprende usted lo que la quiero decir?

PURA. Comprendo, caballero, que es usted un infame. ¡Dios mio! (Llorando.) ¡Dios mio!

ESCENA III.

LOS MISMOS, el CRIADO.

CRIADO. Ustedes perdonen si vengo á interrumpir su conversacion. ¿He de pasar aqui al Señor Don Venancio Moraleja?

PURA. (¡Mi marido!) (Echándose el velo.)

MOD. (¿Qué haré?) No, imbécil, no.

PURA. ¡Estoy perdida, Dios mio, estoy perdida!

CRIADO. ¿Qué hago, señor?

MOD. Aguarda. (Entre usted en mi cuarto.) (Á Pura.)

PURA. (¡Imposible, imposible!)

MOD. (Su marido de usted está en la antesala y no nos queda otro recurso.)

- PURA. (¡Tiene usted razon! ¡Qué es lo que he hecho!)
- MOD. Nada, señora, nada. (Abriendo la puerta de su habitacion.) ¡Escóndase usted! (Entra Pura.) ¡Chiton! (Al eriado.) Que pase, (En voz alta.) que pase: no hagas esperar al Señor Don Venancio. (Se sienta á una mesa y abre un libro.)

ESCENA IV.

D. VENANCIO, D. MODESTO.

- VEN. Felices, Modesto: tú siempre tan aplicado.
- MOD. ¿Y qué he de hacer? Yo no asisto á bailes, ni á teatros, ni... ¡Qué mejor amigo que un libro!
- VEN. Tienes razon; ¡y ojalá pudiera yo decir otro tanto! pero cuando un hombre se casa, ¿para qué quiere mas libro que su mujer? Y á propósito, ¿qué noticias tienes que darme respecto á tu señor hermano?
- MOD. (Ya pareció aquello.) Pues qué, ¿ha ocurrido alguna novedad? Yo, por mi parte, confieso que nada he sabido.
- VEN. ¡Ay, Modesto! ya te he dicho mil veces que eres un jóven que en nada te pareces á los de tu edad; tu juicio, tu virtud, en fin, eres un muchacho ejemplar á quien puede uno abrir su corazon y pedir un consejo.
- MOD. Usted me lisonjea; pero tranquilícese por lo pronto, y refiérame usted lo que le pasa.
- VEN. Modesto, hijo mio, soy muy desgraciado; me he casado siendo viejo con una muchacha de pocos años, y en mi pecado mismo he encontrado la penitencia. Yo no digo que mi mujer tenga la culpa; pero si á la mujer mas virtuosa la asedia de continuo un buen mozo, jóven y apasionado por añadidura...
- MOD. ¿Pues qué mi hermano?...
- VEN. No la deja á sol ni á sombra; todos los dias le encuentro rondando mi casa, y...
- MOD. Como viven ustedes tan cerca... por casualidad sin duda...
- VEN. No, querido Modesto, no: tú eres muy bueno y crees en esas casualidades, pero yo no; y lo que mas me desespera es que sea el hijo de uno de mis mejores amigos; el que atente contra mi sosiego.
- MOD. Lo creo, si señor, lo creo: y cuando usted insiste tanto

- VEN. en esa idea es prueba de que tiene datos de sobra...
VEN. Datos... lo que es; datos precisamente... pero tengo varias cartas, y observo y veo... y sobre todo tengo miedo á Cárlos, porque es el reverso de la medalla, es como si dijésemos tu antípoda!
- MOD. ¡Oh gracias, mil gracias; pero hasta ahora yo no veo que usted tenga pruebas evidentes y dejo mi juicio en suspenso. Esto no obstante, el día en que llegue á convencerme de su culpabilidad, llegaré hasta negarle el nombre de hermano, porque el hombre capaz de pisotear las leyes de la hospitalidad y de seducir á la mujer de su amigo, es el leproso social de quien es preciso huir para no contaminarse.
- VEN. Bien, hijo mio, bien; (Abrazándole.) esos sentimientos te honran sobre manera: hablemos ahora de Maria.
- MOD. ¿Para qué? No, señor, no hablemos de eso. (Pura estará escuchando; y...)
- VEN. Esa chiquilla es tan indócil; y por mas que la digo...
MOD. Crea usted, Señor Don Venancio, que en este momento...
VEN. Pero no tengas cuidado: yo hablaré á Pura, nos interesamos por tí; y no dudes...
MOD. Estoy tan afectado por la conversacion que acabamos de tener, que no me es dado fijarme en nada. Cuando una persona tan respetable como usted le confia á uno sus penas... (Aparece de nuevo el Criado.)

ESCENA V.

LOS MISMOS y el CRIADO.

- MOD. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?
CRIADO. El señorito Don Cárlos se empeña en que se halla usted en casa. ¿Está usted, ó no?
MOD. Ya te he dicho que no, y que no volveré hasta mañana.
CRIADO. Corriente, señor. (Marchándose.)
MOD. Aguarda. (Acaso si le digo que entre me verá libre de Don Venancio.) Escucha, majadero: dile ¡que me habia marchado; pero que he vuelto. (Sale el Criado.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS menos el CRIADO.

- VEN. Me alegro mucho de tu determinacion, porque me ocurre una idea. Modesto, háblale de Pura, y sus respuestas me sacarán de incertidumbres.
- MOD. Imposible, Señor Don Venancio; eso seria una perfidia, y mi conciencia no me permite...
- VEN. Nada: yo me escondo en ese gabinete, y desde allí... ¡calle! (Abre sin que pueda impedirlo Modesto.) ¿Qué es esto? ¿faldas aquí?
- MOD. Hágame usted el obsequio... (Corriendo á interponerse.) Es la costurera de casa, y como la pobre es tan vergonzosa... (Cierra la puerta.)
- VEN. ¡Es posible, Modesto! (Modesto se encoge de hombros.) En fin, haz lo que te he dicho: yo me oculto detras de ese biombo. (Sacando á poco la cabeza.) Lo dicho.
- MOD. Pero... Mi hermano; ya no hay remedio.

ESCENA VII.

CÁRLOS y MODESTO.

- CARL. ¿Sabes, Modesto, que he estado por estrangular á tu fámulo? ¡Qué pesado es y qué charlatan!
- MOD. Tienes razon, de ambas faltas adolece; pero como estaba ocupado... (Aproximándose á la mesa y tomando el libro.)
- CARL. Sí, ya veo; estabas leyendo á Pigault-Lebrun. (Cogiéndoselo.)
- MOD. No lo creas; estaba ocupado...
- CARL. ¿Con algun usurero, ó con alguna ninfa?
- MOD. ¿Qué dices, César?
- CARL. ¡Bah! ¿Qué tendria eso de particular? Sabes que te conozco á fondo: no me vengas con mojigaterías.
- MOD. Esas son bromas pesadas, César.
- CARL. (Acercándose al gabinete.) Cuando tú me hablas de esa manera, es señal...
- MOD. (Deteniéndole.) César, César, no toques á esa puerta.
- CARL. ¡Ah, ya caigo! ¿Tienes ahí escondida alguna de tus conquistas? ¡Farsante!

- MOD. (¡Me vá á perder este hombre!) ¿Qué es lo que estás diciendo?
- CARL. Nada, Modesto; me acabo de encontrar á Don Serafin, y me ha asegurado que te has convertido en un Don Juan Tenorio.
- MOD. (Con hipocresia.) ¿Y tú lo crees, Cárlos?
- CARL. ¡Vaya si lo creo!—Sé que eres íntimo amigo de Doña Virtudes; que haces la córte á Pura, aunque se ríe de tí; y me consta por último que tratas de engañar á Don Venancio y atrapar el dote de su pupila.
- MOD. Esas son calumnias infames. (¡Me pierdes!)
- CARL. Lo serán, ó dejarán de serlo; y por lo que concierne á las primeras nada te digo: pero por lo que toca á Maria... Mira, Modesto, es la única mujer á quien quiero; y... guárdate de poner en ella los ojos.
- MOD. ¿Me amenazas, Cárlos?
- CARL. ¿Yo amenazarte? ¡Qué locura! Te hago una prevencion para que te sirva de regla, y punto concluido. ¡Y el bueno de Don Venancio que te tiene por un San Antonio! ¡Si te conociese como yo!
- MOD. Por eso justamente, porque me conoce mejor que tú, estoy seguro de que si hubiese oído nuestra conversacion se hubiera puesto del lado mio, y confundido de paso al libertino que se atreve á su honra inmaculada. (No me queda otro medio de salvarme.)
- CARL. (Riéndose.) ¡Bravo! ¡bien! ¡chico!... ¡te luces! ¿Por qué no te ajustas en los teatros de la córte? ¡Estoy seguro de que harias olvidar á Isidoro Maiquez!
- MOD. Búrlate cuanto gustes, eres muy dueño de hacerlo; pero ten presente que Don Venancio está persuadido de que eres tú el galanteador de su señora; y francamente, creo que no le falta razon.
- CARL. Francamente, Modesto, eres un tipo que no tiene igual en el mundo, y no me defiende porque la acusacion sale de tus labios; pero si Don Venancio compareciese en la barra, si Don Venancio me preguntase, entonces ..
- MOD. ¿Entonces qué?
- CARL. Le diria sencillamente que habia tenido la debilidad de casarse con una mujer demasiado jóven para él; y que en los años que la llevaba de exceso debia buscar únicamente la explicacion de sus desconfianzas.

ESCENA VIII.

LOS ANTERIORES y D. VENANCIO.

- VEN. Y éldiria, Cárlos, (Presentándose.) que tienes razon, y que se arrepiente de haberte ofendido con sus injustas sospechas.
- MOD. (Se me ha venido la casa encima.) Me alegró, Señor Don Venancio, tanto por mi hermano como por usted, de que por un medio tan natural y tan sencillo, su háya usted convencido de la verdad de mis aserciones.
- VEN. Y yo tambien me felicito y me alegro por ambos: solo que al reconocer mi injusticia respecto á Cárlos, empieza á molestarme otra idea.
- MOD. (¡Dios mio!) Ya entiendo, (Con volubilidad.) respecto á Maria, que por lo visto continúa amando á mi hermano: ¿pero eso qué importa? Si ambos se aman, si la Providencia, segun parece, ha criado el uno para el otro... (Barajemos) no hallo tampoco inconveniente...
- VEN. No es eso, Modesto, no es eso.
- MOD. Entonces no entiendo cuál pueda ser esa idea; y opino que firmada la paz debemos pasar los tres juntos á ver á esas damas, y á firmar un tratado de alianza. Esto si Cárlos...
- CARL. Yo no tengo inconveniente por mi parte.
- MOD. Pues entonces... (Tomando precipitadamente el sombrero y dando los suyos á D. Venancio y á Cárlos.)
- VEN. Aguárdese usted un momento, Modestito; he oido, quizás haya sido en broma, desde ese biombo, que se ha convertido usted en un sultan de algun tiempo á esta parte.
- MOD. (Echándolo á broma.) ¡Já, já! ¿Y puede usted dudar que haya sido una chanza?... Díselo tú, Cárlos.
- CARL. Yo he repetido una noticia que me habian dado: por lo demas...
- MOD. ¿Lo vé usted, Señor Don Venancio, lo vé usted?... ¡Ea! vámonos, que ya es tarde: y yo...
- VEN. Como gustes, Modesto, marchémonos; pero dá antes libertad á esa pobre costurera, que está sufriendo un arresto demasiado largo.
- CARL. ¡Hola! ¿Con que esas tenemos? ¿Con costureras nos an

damos?

MOD. Ya le he dicho á usted antes... (Turbado y deteniendo á D. Venancio, que quiere abrir su cuarto.)

CARL. ¡Vaya! Señor Don Venancio, aunque no lo merece por ser un taimado, ruego á usted que le disimule *ese lapsus*, y dejemos á esa inferiz, que ya saldrá cuando le parezca.

VEN. ¡Oh! no, Carlos, permítame: ó yo veo la cara de esa costurera, ó si no...

MOD. No creo que usted se propase, caballero, porque de hacerlo...

VEN. ¡Amenazas á un celoso! (Rechazándole con fuerza y entrando.) Salga usted, señora, salga usted. (La saca de la mano.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS y PURA.

VEN. ¡Mi mujer!

CARL. ¡Pura!

MOD. (Á D. Venancio.) Óigame usted.

VEN. ¿Y qué puede usted decirme que me satisfaga?

PURA. Venancio, óyele, escúchanos á los dos; y luego...

VEN. Ni una palabra, señora.

CARL. Si, ógalos usted, se lo ruego, acaso las apariencias...

PURA. ¡Soy inocente! ¡Te lo juro por la memoria de mi madre!

MOD. Y yo tambien, tambien lo juro...

VEN. Lo que yo juro, y de lo que ya no me cabe la menor duda, es de que eres y has sido siempre un hipócrita miserable. (Á Pura.) Vamos. (Á Modesto.) Se acordará usted de mí. (Se vá con Pura.)

CARL. (Á su hermano.) ¡Te has lucido! Voy á alcanzarlos por si logro evitar otro disgusto. (Váse Carlos.)

ESCENA X.

MODESTO, solo.

¡Si yo dispusiese de la caja de las pulmonias!...—Tiene razon mi hermano: ¡me he lucido!... ¡Don Venancio des-

engañado! ¡El dote de su pupila perdido! ¡Pura!... ¿cómo salgo yo de este embrollo?

ESCENA XI.

MODESTO y el CRIADO.

CRIADO. Don Luis de Saavedra, su primo de usted.

MOD. ¡Mi primo! (¡Esto solo me faltaba!)

CRIADO. Viene...

MOD. Ya sé á lo que viene: á importunarme, á sacarme dinero. Que entre. (Yo le aseguro que no le han de quedar ganas de volver.)

ESCENA XII.

MODESTO y D. ANDRÉS.

AND. Buenos días, caballero: aunque hasta ahora no he tenido el gusto de conocer á usted, soy...

MOD. Sé quién es usted. Hágame el gusto de tomar asiento.

AND. Mil gracias. (¡Qué fisonomía tan antipática!)

MOD. ¿Segun usted me indicaba en su esquila somos parientes por parte de madre?

AND. Así es la verdad; y como la suerte me ha tratado con bastante rigor, agradecería á usted que por honor á la misma familia ..

MOD. Esas excusas estan de mas, señor de Saavedra: tan hijo de Dios es el pobre como el rico; y crea usted que si yo perteneciera á esta última clase...

AND. ¡Ay Señor Don Modesto! Estoy seguro de que si su tío de usted, el que está en las Indias, hubiese vuelto, encontraría en él un protector.

MOD. Mucho me alegraría de que así fuese; y crea usted que si llegase á suceder yo le hablaría en su favor...

AND. No creo que entonces sería necesario, porque mi misma desgracia me recomendaría á sus bondades. Sé, á no dudarlo, que es un hombre de buen corazón; y si con usted, que no lo necesitaba, se ha portado con esplendidez, me figuro...

MOD. Está usted en un error, Señor de Saavedra: mi tío es un buen sujeto, como usted dice, no trato de negarlo; pero

- la avaricia es la pasión favorita de los señores mayores; y Don Andrés, á pesar de cuanto hayan podido decir á usted, solo me ha obsequiado con algunas cajas de cigarrós, dulces del país y fruslerías por el estilo.
- AND. ¡Canalla! Pues á mí me habían asegurado que pasaban de treinta mil pesos...
- MOD. Le han engañado á usted completamente; además, no sé si sabrá usted también que tengo un hermano, muy tronera por mas señas, á quien tengo hecho anticipos cuantiosos: por cuya razón, y por las anteriormente enumeradas...
- AND. ¿No puede usted hacer nada por mí?
- MOD. Absolutamente nada.
- AND. Lo siento.
- MOD. Y yo: pero ¡qué remedio!
- AND. Entonces...
- MOD. Me es muy doloroso, pero... (Tira de la campanilla y sale un Criado.) Acompaña á este caballero. Ánimo, y no pierda usted la esperanza. (Á D. Andrés.)
- AND. Pierda usted cuidado; la tengo y grande... (De que el paso que estás dando te ha de salir caro antes de mucho.) (Sale.)

ESCENA XIII.

MODESTO y á poco CARRASCOSA.

- MOD. Este ya vá despachado. ¡Por vida!... Harto estaba ya de sus importunidades. ¡Reniego del día que ha amanecido para mí! ¡Y si hubiese concluido!... (Viendo aparecer á Carrascosa.)
- CAR. Buenos días, Señorito.
- MOD. ¡El viejo pestoso! Muy buenos. ¿Qué nube te trae por mi casa?
- CAR. Vengo, Señorito, si usted no lo lleva á mal, á anunciarle que Don Andrés, su señor tío de usted, ha llegado; y á noticiarle que desea abrazar á sus sobrinos.
- MOD. ¡Diantre! Mira, Carrascosa, hazme un favor. ¿Te habrás encontrado, á no dudar, con el Señor de Saavedra?
- CAR. ¡Pues yo lo creo! Salía cuando yo entraba.
- MOD. Bien, corre, alcánzale y dile que me haga el gusto de volver.

- CAR. Con mucho gusto, Señorito; pero debe de estar muy lejos, y como ya mis piernas...
- MOD. (Maldito seas tú y tus patas tambien.) Déjalo, no te molestes.
- CAR. ¿Tiene usted alguna otra cosa que mandar?
- MOD. Nada.
- CAR. Entonces le diré que se alegra usted mucho de su venida...
- MOD. Por supuesto.
- CAR. Y que pasará usted á verle inmediatamente.
- MOD. ¿Quién lo duda?—¡Ah! á propósito; ¿adónde para mi idolatrado tío?
- CAR. ¿Dónde ha de parar, Señorito? En casa de su amigo el Señor Don Venancio.
- MOD. (¡Dios mio, esto mas!)
- CAR. ¿Con que irá usted? (Desde la puerta.)
- MOD. En seguida. (Sale Carrascosa.)

ESCENA XIV.

MODESTO, solo.

Iré, iré; pero será para buscar una cuerda con que ahorcarme. (Reflexionando.) Con todo... mi tío no me conoce aun... y... me aconsejaré de Doña Virtudes.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CÁNDIDA y una CRIADA.

CRIADA. Disimúleme usted, pero no puedo complacerla: mi señora no está visible para nadie.

CAND. ¿Le ha dicho usted que era su amiga Cándida la que deseaba verla?

CRIADA. Si, señora, se lo he dicho; pero me ha contestado que ruegue á usted que la disimule.

CAND. No importa: hágame usted el gusto de volverla á pasar recado: tendria un verdadero placer en consolarla. (Váase la Criada.)

ESCENA II.

DOÑA CÁNDIDA.

¡Qué fastidio, Dios mio! No sé mas que el hecho aislado, y estoy segura de que lo dirán mañana los periódicos con todos sus pelos y señales, quitándome la satisfacción de anticipar la noticia en una docena de casas.

= ESCENA III.

DOÑA CÁNDIDA, D. BENIGNO y D. SERAFIN.

- CAND. ¿Ustedes por aquí? ¡Cuánto me alegro! Ya sabrán ustedes...
- SER. ¿La historia de Pura y de Modesto?... ¿Quién puede dudarle?
- CAND. ¿Y la sorpresa de Don Venancio?
- SER. También.
- CAND. He tenido en ello un sentimiento; porque como los aprecio á todos ellos...
- BEN. Eso se supone.
- CAND. Pero creo que están ustedes en un error: no ha sido con Modesto con quien Don Venancio ha sorprendido á Pura, sino con Carlos.
- BEN. Perdóneme usted, Candidita: usted es la que está mal informada.
- CAND. Cuando yo les digo á ustedes... claro: Modesto fué el que delató á su hermano, y por eso...
- SER. No digo yo que ese caballero no fuese muy capaz de hacerlo; pero me consta...
- CAND. Y á mí.

ESCENA IV.

DICHOS y DOÑA VIRTUDES.

- VIRT. Y á mí también; porque supongo que hablarán ustedes...
- BEN. ¿Y de qué habíamos de hablar?
- CAND. ¡Ay, Virtudes, Virtudes! ¿Quién se hubiera nunca figurado?...
- VIRT. Pues yo, francamente, siempre he visto en Pura una coquetuela.
- CAND. Es verdad: sus maneras siempre han sido demasiado libres; pero como es joven...
- VIRT. No; y por otra parte tiene buenas cualidades.
- SER. ¡Bah! Yo lo creo que no son malas.
- VIRT. Y si no que se le pregunten á Modestito.
- SER. ¿Lo vé usted, señora? (Á Cándida.)
- CAND. Vuelvo á repetir que la cita había sido con Carlos.
- VIRT. ¡Con Carlos! No digas eso, Cándida, porque no es posible.

- CAND. Si que lo es, no te quepa dñda: Cárlos ha sido el favorecido. Modesto, es preciso liacerle justicia, no ha tomado otra parte en este negocio que la de delator.
- SER. Será asi, Candidita, no quiero insistir; pero sea de ello lo que quiera, con tal que la herida de Don Venancio...
- CAND. Pues qué, ¿está herido Don Venancio? ¡Y yo que nada sabia!
- VIRT. Ní yo.
- SER. Pues estan ustedes adelantadas.
- VIRT. ¡Oh! refiéranos usted...
- SER. Señora, lo de siempre. Despues de la sorpresa, Don Venancio dijo con voz alterada: «Caballero, es usted un ingrato y un canalla.»
- CAND. ¿Á Cárlos?
- VIRT. No, á Modesto.
- SER. Al que ustedes gusten. «Yo soy un viejo; pero quiero en el acto una satisfaccion.»
- CAND. Si, eso se lo diria á Cárlos, porque Modesto no es un héroe.
- SER. Se lo diria al preste Juan, Señora: lo cierto es que Pura se desmayó, que la trasladaron aqui, y que el duelo se efectuó.
- BEN. Y á pistola, por mas señas.
- VIRT. ¿Y no sabe usted dónde se batieron?
- BEN. Aqui, señora, aqui mismo; acaso en esta misma sala.
- CAND. Tiene razon: miren ustedes esa mancha. ¡Juraria que era de sangre!
- SER. No, esa no: (Examinando el suelo.) en tal caso esa otra mas grande: la que Cándida señala parece mas bien de chocolate.
- VIRT. Eso es lo que menos importa. ¿Qué ha sido de Modesto? ¿Es grave la herida de Don Venancio?
- SER. Señora, el agresor se ha huido á Inglaterra.
- VIRT. (Con tal de que no haya sido Cárlos.)
- CAND. ¿Y Don Venancio? ¡Oh! si Don Venancio... (Aparece D. Andrés en la puerta del foro.) Ahí tienen ustedes al facultativo.

ESCENA V.

[DICHOS y D. ANDRÉS.]

- VIRT. ¡Hay esperanzas, doctor?

- CAND. Doctor, ¿cómo sigue el enfermo?
SER. ¿Ha verificado usted ya, doctor, la extracción de la bala?
AND. Gracias, señores, gracias; ¡muchas gracias!
VIRT. Pero...
CAND. Pues...
BEN. Acaso...
AND. Debo á ustedes un título que no merezco; y me apuro...
VIRT. ¿Con que no es usted?...
AND. Que yo sepa...
BEN. Bien; pero será usted al menos amigo de Don Venancio, y sabrá á no dudarlo...
AND. ¿Quién, yo? Ni una palabra.
VIRT. ¿Con que no sabe usted que don Venancio se ha batido?
SER. Con Don Modesto.
CAND. No, con Don Carlos Sotomayor.
BEN. ¿Y que ha sido gravemente herido?
AND. Poco á poco, señores; poco á poco, y entendámonos: las noticias de ustedes no parece que estan del todo conformes.
SER. Cierto: esta señora dice...
CAND. Si, señor; repito...
BEN. ¡Diantre! ¿volvemos á las andadas?
VIRT. En lo que todos al parecer convenimos es en que Don Venancio está gravemente herido.
AND. ¿Y estan ustedes seguros?
TODOS. Si, señor.
AND. Corriente: pues en ese caso ahora vamos á salir de dudas. (En voz alta, á la puerta de la izquierda.) Venancio, hazme el obsequio de salir.
CAND. (Á los demas, que han formado grupo.) Me alegro: con eso sabremos...

ESCENA VI.

DICHOS, D. VENANCIO.

- AND. (Adelantándose.) Preséntate, hombre, preséntate; y que te palpen estos señores si es necesario, para que así se convenzan de que aun no te has muerto.
BEN. Usted disimule, Señor Don Venancio; pero nos habian asegurado...
VIRT. Mucho me alegro de que la noticia no haya sido cierta.

- CAND. Y yo de que haya sido leve la herida.
VEN. ¿Pero yo he estado herido, señores?
AND. Desde luego, Venancio: ¿quién duda eso? Solo que como eres un poco distraído...
SER. (Á los demas.) (Casi, casi me pesa de que no haya sido verdad.)
VEN. Decía usted, caballero...
SER. Decía, ó mas bien iba á decir, que siendo todos amigos de usted; y habiendo llegado á nuestros oídos el disgusto que tuvo ayer en casa de Don Modesto, hemos venido á informarnos de lo que había.
VEN. Para tener el gusto, dando un poco de vuelo á su imaginación y á su inventiva, de divertir á mi costa á todo el círculo de sus conocimientos.
BEN. Caballero...
VEN. Esa, señores; es la verdad, no me retracto. ¿Me quieren ustedes decir si no qué interés les mueve á mezclarse en mis asuntos domésticos?
BEN. La amistad...
VEN. Me hallo perfectamente sin la de usted.
SER. El deseo de darle un consejo...
VEN. Déjese usted de simplezas, y continúe haciendo epigramas.
CAND. La compasión, porque es usted un buen marido, y siento...
VEN. (Exasperado.) ¡Señora!
AND. Lo que yo siento, ó mas bien de lo que me alegro, señores, es de que esta vez, por lo menos, hayan dado ustedes un golpe en vago; y de que su amigo, el del informe, les haya colocado en una posición tan ridícula.
SER. De todo lo cual se deduce que usted es en esta casa...
AND. El Ministro de Estado, que les pone en la mano los papeles.
BEN. No me ofendo por eso: con Dios.
SER. Ni yo. (Este será el indiano, por lo brusco.)
CAND. Ni yo, á pesar del sexo á que pertenezco.
AND. ¡Já, já, já! (Riendo.)
CAND. (Al salir, á los demas.) (¡Groserazos!) (Doña Virtudes procura confundirse con los otros; pero aparece en el foro Juan de Mata con Carrascosa y D. Venancio la detiene.)
VEN. Hágame usted el gusto de aguardarse un momento. (Vánse los demas.)

ESCENA VII.

D. ANDRÉS, D. VENANCIO, DOÑA VIRTUDES, JUAN DE MATA y CARRASCOSA.

VIRT. No comprendo, caballero; y quisiera saber...

CAR. (Ahora viene lo bueno.) (Á D. Andrés.)

VEN. Es muy sencillo. ¿Usted conoce á este caballero?

VIRT. Señor Don Venancio, sí, señor; no puedo negarlo.

VEN. Usted es, segun él me ha dicho, la directora del periódico titulado *El Escorpion*.

VIRT. ¿Juan de Mata lo ha dicho?

VEN. ¡Oh! sí, señora; y afirma tambien que está usted al frente de una academia de difamacion, en la que él ocupa el puesto de secretario.

VIRT. (¡Infame!) Pero ¿se ha atrevido?... Hable usted, Juan de Mata, hable usted.

JUAN. Pido á usted, señora, un millon de perdones; pero me ratifico en lo dicho.

VIRT. ¡Mal hombre!

JUAN. Sí, señora, lo soy, y traidor, é ingrato ademas; porque usted me ha pagado liberalmente para que la ayudase, solo que... como desgraciadamente Don Venancio me ha pagado mejor aun...

VIRT. ¡Insolente!

JUAN. Le he convencido de que las cartas para su señora, que usted queria que fuesen del Señor Don Carlos, estaban escritas por estas manos pecadoras; de que los anónimos que diariamente recibia eran obra disfrazada del mismo delincuente; y por último le he puesto al corriente de su debilidad, ó de su fortaleza mas bien en amar á Don...

VIRT. Basta: este hombre es un criminal.

JUAN. Á quien usted no se atreve á desmentir.

AND. ¡Ánimo, señora! Esta es la ocasion de confundirle.

VIRT. (Anonadada.) Permítanme ustedes que me retire. (No sé lo que pasa por mí.) (Váse.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos DOÑA VIRTUDES.

CAR. ¿Qué tal? ¿No les decia yo á ustedes?... ¿Está usted

- convencido, Señor Don Venancio?
- VEN. Lo estoy, si, señor, hasta la evidencia.
- AND. Me alegro, porque ahora vas á hacer las paces con tu mujer.
- VEN. Sin ningun inconveniente.
- JUAN. Palabra, señores; antes de que esa señora se presente, ruego á ustedes que me disimulen, y que al propio tiempo la digan...
- VEN. Está usted perdonado: su último paso ha hecho que olvidemos los anteriores.
- JUAN. El Señor de Carrascosa empezó á convencerme, y luego... ustedes... En fin, estoy agradecidísimo á sus bondades, y me ofrezco á todos ustedes en cuerpo y alma, rogándoles únicamente que no me desconceptúen.
- VEN. ¿Cómo?
- AND. No entiendo. .
- JUAN. Pues es muy sencillo; mi crédito estriba en mi mala reputacion, y si se divulgase que una sola vez habia obrado bien me quedaria sin un amigo.—He dicho, y beso á ustedes la mano. (Váse.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos JUAN DE MATA.

- AND. ¿No he visto un pícaro por el estilo!
- VEN. Ni yo, aunque confieso que he estado á punto de abrazarle.
- CAR. Puede usted hacerlo si cifra en ello su capricho; mas lo primero es lo primero.
- VEN. Cierto; voy á buscar á mi mujer.
- CAR. Y yo allí adentro á ver si han sido exactos mis sobrinos.
- AND. ¿Y crees tú que vendrá Modesto?
- CAR. No sé, porque por lo visto no se ha puesto de acuerdo con Doña Virtudes: creo, sin embargo, que tiene osadía para todo. Adentro, Señor Don Venancio.
- VEN. Si, si, vamos adentro. (Váse.)

ESCENA X.

D. ANDRÉS.

¿Tendrá ese mequetrefe suficiente aplomo para presen-

tarse en esta casa despues de lo que ha ocurrido? ¡Oh, si, si! Cárlos en su lugar acaso no lo haria, porque á los extravios del hombre ligero nunca preside el cálculo; pero Modesto, á quien era preciso colocar en una urna, ó yo no conozco mi época, ó estoy seguro de que vendrá. ¡Y que estos canalluelas logren engañar al mundo! ¡Cómo ha de ser! No hay máscara mas túpida que la de la hipocresia. (Aparecen por un lado D. Venancio, Pura y Maria, y por el foro Carrascosa, Cárlos y Modesto.) Ya estan aqui todos.

ESCENA XI.

D. VENANCIO, D. ANDRÉS, PURA, MARIA, CÁRLOS, MODESTO y CARRASCOSA.

- VEN. Te aseguro, Pura, que todo lo doy al olvido, que nunca de hoy en adelante volveré á estar celoso de tí; y que tendrás mas flores que un mes de mayo, aunque me cuesten á peso de oro.
- CAR. (Á Cárlos y Modesto.) Entren ustedes, señoritos, y saluden á su tío que no desea otra cosa que abrirles lo brazos.
- CARL. No te comprendo, Carrascosa; ese caballero, ó yo estoy equivocado ó es D. Zacarias Vellon.
- MOD. (¡Farsante!) No, Cárlos, ese buen hombre es D. Luis de Saavedra, nuestro primo, ya sabes, (aquel que trataba de emprimarnos.)
- AND. Efectivamente, Modesto; yo soy Don Miguel de Saavedra, á quien usted no se dignó socorrer porque las prodigalidades de su hermano...
- CAR. ¿Con que has sido capaz?... ¿cuándo te he pedido un solo maravedí?
- AND. Nunca, sobrino, nunca: en cambio tú, que segun me consta, (porque fuí yo quien te compró la galeria de retratos) te hallabas por entonces en una situacion desesperada, me socorriste con esplendidez.
- CAR. Usted me disimulará, tío; pero...
- AND. Nada de excusas, mala cabeza; ya hablaremos de eso con mas detenimiento. En cuanto á usted...
- MOD. Tío, si usted tuviese la bondad de escucharme... Mi conducta...

- AND. Es irreprochable ; pregúnteselo á esas señoras, y sobre todo á mi amigo Don Venancio.
- MOD. Las apariencias... algun enemigo...
- AND. Vaya usted con Dios; y si algun dia necesitase un cajon de-cigarros, ó dulces de América, ó alguna otra bagatela por el estilo, acuérdesese usted de su tio.
- MOD. (Todo se ha descubierto ; estoy perdido.) (Confundido.) Señores...
- VEN. Esta casa queda cerrada para usted. (Vase Modesto.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos MODESTO.

- AND. Ya está juzgado uno de los reos, y el tribunal sigue constituido: acércate, Cárlos.
- CARL. Al contrario, tio; si usted no lo lleva á mal, voy á tocar retirada en este momento.
- AND. Se sustanciará la causa en rebeldia.
- CARL. Cómo ustedes gusten, y lo peor del caso es que ni me queda el recurso de apelar; porque habiendo sido condenado mi *virtuoso* hermano, ¿qué esperanza puede quedar á un calavera como yo?
- PURA. Yo me atrevo con todo á suplicar á usted, Señor Don Andrés...
- VEN. Y yo tambien...
- MAR. Y yo, si usted no lo lleva á mal... (Cortada.)
- AND. No, encantadora Maria; nada menos que eso. No te puedes quejar, Cárlos: tienes tres abogados á falta de uno.
- CARL. Es verdad, tio; pero...
- AND. En primer lugar Don Zacarias Vellon.
- CARL. (Ese ha sido un secreto entre él y yo, y ruego á usted que no le divulgue. La familia...)
- AND. ¡Pícaro! has hecho un baratillo de tus antepasados, ¿y no quieres que yo?...
- CARL. Tiene usted razon: ha vendido obispos y generales, matronas y doncellas como quien vende loza al por menor; pero tenga usted presente...
- AND. ¿Que no me ha vendido á mí ni á sus padres?—Corriente, me quedo con la galeria; y en premio de esa accion le señalo seis mil duros para que ponga de nuevo su casa y abra su estudio de abogado.

- CARL. Nunca podré pagar, querido tío, tanta generosidad; pero es el caso que he despedido á Quiñones, y solo... en mi casa...
- CAR. Carrascosa se encarga de acompañar á su Señorito.
- CARL. Y él acepta desde luego tu ofrecimiento; (Mirando á Maria.) pero...
- PURA. Usted no lo entiende, Señor Don Andrés: una casa sin mujer no es casa, y Cárlos al cambiar de conducta quiere...
- AND. Instalar en ella á Maria. ¿Qué dice usted á eso, Señorita?
- MAR. Yo...
- AND. ¿Y tú?
- CARL. Considere usted...
- AND. Pues bien, querido sobrino; hay un refran castellano que dice: *no hay miel sin hiel*; tú quieres á Maria, y sus mejillas me indican que te corresponde. Estamos en marzo y mis dias son el último de noviembre: ese plazo te doy para que la ganes.
- CARL. Acepto el castigo con la esperanza del galardón.
- AND. Ea pues, anticipa un apretón de mano á tu prometida; y puesto que no hay otros asuntos pendientes... (Toma la campanilla de la escribanía y D. Venancio le detiene.)
- VEN. Aguarda. (Tomando á Pura de la mano.) ¿Me prometes, querida esposa?...
- PURA. ¡Oh! calla, calla: te lo suplico.
- AND. Si, amigo mio; la lección ha sido muy dura, y yo te juro en su nombre que en lo que le resta de vida no volverá á poner los pies en ese pudridero de honras, en esa academia de la murmuración y del escándalo.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 25 de setiembre de 1860.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

da en 1818.
da á vista de pájaro.

y Blanco.
no se entiende, ó un hom-
imido.
za contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

la

sito de enmienda.
á rio revuelto.
la y por él.
eridas tas de honor, ó el
gravio del Cid,
puerta del jardín.
oso caballero es D. Dinero.
os veniales.

onvido al Coronell...
mucho abarca.
uerte la uia!
a es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocación.
Un retrato á quemar ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
de buena ley.
mas feo.

ina la Gitana.
y Marte.
y Flora.

enando.
Mariquita.
risante, ó el Alcalde pro-
or.

trino.
ayo de una ópera.
esero y la inaja.
ro del hortelano.
uia y en Marruecos.
on en la ratonera.
mo mono.
os de carnaval.
rio (drama lírico).
tillon de la Rioja (*Música*).

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitán español.

Juan Lanas. (*Música*.)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Jnanita. (*Música*.)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las pristo-
nes de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música*.)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Morcto. (*Música*.)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

dirección de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Viuent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered.de Andrion.
Avila.....	Palomares.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Hered. ^a de Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	García Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	García.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Pujol
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Vallencia.....	Moles.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.